

ediciones
Bistagne.

1
PTA

PROPAGANDA

El pan nuestro de cada día

TOM KEENE
KAREN MORLEY

sainz
de
morales

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

El pan nuestro de cada día

Maravillosa producción en que se plantea el problema de la tierra, como un canto a la fraternidad

Dirección de
King Vidor

VIKING PRODUCTIONS

Distribuida por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla Cataluña, 62 - BARCELONA

El pan nuestro de cada día

Argumento de la película

PRINCIPALES INTERPRETES:

Tom Keene

Karen Morley

Una casa modesta en un barrio humilde de la ciudad. Un hombre atravesó el zaguán y comenzó a subir rápidamente la dura y empinada escalera de granito. Un piso, dos, tres... cinco. Aquello no parecía terminarse nunca; allí debía vivir toda una ciudad, a juzgar por las numerosas puertas que se abrían a un lado y otro de cada rellano. Tareando una canción, aquel hombre, sobrio en el vestir, de mirada grave y poco inteligente, llegó al último piso. Llamó con una insistencia autoritaria, de dómine, de amo. La respuesta fué una voz dulce de mujer y el girar de una puerta al abrirse.

Frente a frente quedaron los dos, él alargando un fajo de recibos, ella, joven, bondadosa, cruzando las manos con un gesto religioso de súplica.

—Espere unos días más. Mi marido tiene en perspectiva una buena colocación.

Dudó unos momentos; en su interior la piedad y el egoísmo luchaban. El era el dueño de aquella casa de vecindad y no habría de sufrir mayor daño si un inquilino dejase de pagarle. ¿Por qué no acceder al ruego que un alma femenina hacía?

—Bueno — concedió al cabo—. Esperaré hasta pasado mañana...

—Gracias.

—Pero si no pueden pagar, es mejor que se muden...

—Conseguiremos el dinero. No lo dude usted.

—Sentiría por ustedes y por mí que así no fuera...

Se alejó lentamente. Seguía cantando. Los negocios le iban bien. Viento en popa de grandes. Unos dólares más o menos, ¿cómo iban a conocerse en el granero de su fortuna?

Un hombre joven subía la escalera. Su paso fatigado no correspondía a sus años. Pausadamente, deteniéndose de vez en cuando, como preocupado, bajo los efectos de un pensamiento tenaz, avanzaba apoyándose en el barandal. De pronto alzó la cabeza. Acababa de reconocer los pasos, siempre optimistas, del dueño de la casa. ¡Habría ido sin duda a reclamar la cuenta! Corrió, temeroso de encontrarse con él y de tener que afrontar una situación difícil, a ocultarse en un rincón de la escalera y no se movió de allí hasta ver desaparecer hacia el zaguán la figura autoritaria que tenía poder para señalarles la calle y apartarles para siempre de su piso.

Emocionado y respirando libremente tras el peligro, aceleró el paso y a poco se encontraba en casa con la dulce compañía de la esposa, buena compañera de lucha, mártir como él de una vida que parecía mirarles con hosquedad.

—¿Le encontraste? — preguntó Mary.

—Me oculté. Pero el susto no me lo quita nadie. ¿Qué te dijo? ¿Nos deshacía?

—Nos da un plazo de dos días. Más no quiere. ¡Figúrate si no pagamos! Pero, ¿has conseguido algo? ¿Has encontrado empleo?

La miró con desaliento.

—La historia de siempre; cien aspirantes para una plaza. Una verdadera lotería... y de un solo premio mayor.

—¿Qué le vamos a hacer? Algún día u otro...

—Hay para perder la paciencia.

—Debemos confiar aún, John... No dura siempre el tiempo malo.

—Para nosotros, sí.

—¡Ah, John, no me acordaba!... Tío Antonio vendrá a comer con nosotros. Quizás pueda ofrecerte algún trabajo...

—Podíamos pasarnos sin su compañía. Es un hombre avaro y egoísmo

ta que sólo da cuando sabe que ha de recibir beneficios... Nosotros somos los parientes pobres que sólo causan molestias.

—Tío Antonio no es tan malo como crees. No se da de menos de tratar con nosotros. Hoy mismo acepta venir a comer.

—Porque le sale más barato. Es la tacañería personificada. Viene aquí como al restaurante, con la misma frialdad, sin intimidad ninguna.

—Hay que tratarle bien. Es rico, puede favorecernos en algo. Hemos de darle una comida presentable... Es necesario que vayas a buscar un pollo.

—¿Y de dónde voy a sacarlo? Tú no sabes lo que debemos por ahí?

—Yo no sé... Arréglate. Piensa que si contentamos a tío Antonio, puede ser nuestra salvación.

—Voy a intentarlo, pero no confies en el éxito.

—Confío en ti, John.

Y John volvió a bajar aquellos centenares de escalones que no concluían nunca. Se dirigiría a visitar al tendero, procurando ablandar en algo la dureza de su corazón. Había cogido al marchar una guitarra,

instrumento con el que alegraba su hogar y del que era menester deshacerse para adquirir aquella ave con que ilusionar el corazón y el estómago de tío Antonio.

Era John un muchacho de la clase media, víctima de la crisis de trabajo. Desde que tuviera la desgracia de perder la colocación, había intentado encontrar algo en que poder utilizar aquellos conocimientos comerciales aprendidos con el afán de crearse una situación decorosa. Y ahora, con una dolorosa unanimidad, se le negaba aquél intento honrado y noble y todas las puertas se le cerraban hostiles repitiendo la misma negativa. Acabaron los pocos ahorros, desaparecieron ciertas joyas ante el mostrador de la casa de préstamos. Apenas quedaba ya nada. Y en cambio estaba enfrente la vida con sus crudezas, con sus necesidades, con su boca hambrienta y voraz de devoradora de voluntades y energías.

Llegó a la tienda. El dueño frunció el ceño al reconocer a aquel cliente que sólo sabía pagar con palabras de buena voluntad.

—Necesito un pollo —dijo John sonriente a tiempo que ponía la

guitarra sobre la mesa—. Se lo pagaré pasado mañana.

Los labios del tendero dibujaron una risa fría, desoladoramente hostil.

—Hace dos semanas que me dice la misma cosa.

—Confíe en mí. Además, le doy en prenda esta valiosa guitarra.

—Pero usted cree que esto es una caja de préstamos?

—Hágame usted este favor. Se lo estimaré de veras.

Vaciló el tendero. Volvió a mirar aquel instrumento musical. Era muy aficionado a este arte y no le vendría mal en las horas de soledad.

—Me engaña usted por última vez—dijo.

Fué a los armarios donde tenía conservados, peladitos ya, a punto

de asarse, una colección de pollos. Iba a escoger el más robusto y lleno de carnes, cuando volvió a mirar la guitarra y le pareció que estaba un poco aviejada. Como pago de ella ya estaba bien otro pollo de menor robustez. Y le entregó el más escuálido, de carnes delgadas y misérrimas que apenas cubrían un armazón de huesos.

John intentó protestar, pero el tendero le atajó con un gesto.

—Si no se conforma con éste, ninguno.

—No es usted demasiado generoso.

Era en vano insistir. John marchó a casa con la vianda envuelta en un papel y lamentando una vez más aquella situación que ya se prolongaba llevando a su alma una iniciación de pesimismo.

La comida resultó frugal, pero sabrosa. Condimentado, bien relleno el pollo, disimuló las oquedades de su carne y la dureza de su piel. Tío Antonio comió bien; estaba contento, jamás había sido por otra parte un gozador de la buena mesa. Comió verduras, pan, bebió un vino fuerte, puro y negro y fumó un cigarro barato.

John y su esposa le observaban con atención, pendientes de sus palabras, de sus gestos, de cualquier acción generosa, pero problemática, de aquel solterón. ¿Lograrían de él alguna merced? ¿Podrían confiar en que les buscaría remedio a su situación difícil, a la cerrazón cada vez más sombría en que se hundía su juventud?

Durante la comida se habló de banalidades, sin concretar nada de lo que constituía, no obstante, el objeto de la reunión. Pero después,

mientras tío Antonio fumaba su puro, le interrogó:

—¿Y qué piensas hacer, John?

—Pues, trabajar.

Sonrió con el desdén del hombre que trabajó toda su vida y mira con superioridad a los que van aún desorientados.

—¿Por fin te decides?

—Trabajé mientras pude. Pero ahora, es que no encuentro nada.

—¿Tú crees que la riqueza viene sola? Hay que buscarla a todas horas. Noche y día, con un afán terrible, como lo hice yo.

—Usted tuvo suerte.

—Y voluntad y espíritu de sacrificio y firmeza. Lo que tú no tienes.

—No me conoce bien si cree eso.

Mary intervino, conciliadora y dulce:

—John es un buen trabajador, animado de nobles aspiraciones, pe-

ro ha tenido mala suerte. ¿No podría usted ofrecerle algo?

—Ofrecerle? A mí no me gusta hacer caridad.

John protestó herido en su amor propio.

—Yo no quiero caridad, sino trabajo. Por algo Dios me dió inteligencia y puso fuerzas en mis manos y juventud en mi vida para que la aprovechara en algo útil.

La esposa remachó:

—Sólo le falta una ocasión.

—¿Una ocasión?

Rápidamente tío Antonio abrió su cartera y mostró unos planos que extendió sobre la mesa.

—Mira, ya que quieres hacer algo, quizás encuentres esa ocasión que tú buscas.

—¿De qué se trata?

—Aquí tengo una finca sin valor... Está hipotecada y nadie la quiere.

—Entonces...

—Pero si trabajas bien, si la cultivas con energía y tesón y te acompaña la suerte, quizás podrás pagar la hipoteca y convertirte en dueño de la propiedad.

Parpadeó John un poco deslumbrado. La esposa le contemplaba emocionada. ¿Qué decidiría él?...

—De qué sería capaz aquella voluntad llena de las virtudes del amor y del trabajo?

—No conozco nada de agricultura—respondió con profunda convicción.

—Entonces...

—Pero no importa. Podré aprender.

—¡Bien!

—Haré por ello todos los esfuerzos imaginables. Cualquier cosa es mejor que luchar con los acreedores.

—Me gusta tu decisión. Toma los planos. Aquí está indicada la situación de la finca.

Y quedó concertado que John y Mary partirían hacia la conquista de aquella tierra situada hacia el sur, inhospitalaria y abandonada; riqueza, sin embargo, oculta, a la que sólo faltaba el esfuerzo del ser humano para que mostrase la radiante luz de su fecundidad.

Y cuando salió tío Antonio, una alegría infantil invadió a los esposos que se sintieron fuertes como nunca y con un deseo de conquistar aquella tierra que les esperaba con la incógnita de todo porvenir.

* * *

Doscientos kilómetros en tren, luego varias millas a pie hasta llegar a aquella tierra dura, seca, páramo inmenso al que la luz del último sol daba un tono lívido y triste. A un lado una casa vieja, de muros grises, con el casquete de una chimenea negruzca.

Quedaron contemplando aquella propiedad de la que iban a ser dueños y señores. Mary sintió un poco de miedo y apretó el brazo de su marido como buscando protección. El la acarició con ternura.

—No temas. Esto será un paraíso. Al menos aquí no vendrán las facturas.

—Que ya es algo, ¿verdad?

—Que lo es todo, mi bien.

—Mira... mira... un molino.

La torre de un molino levantaba cerca su esbeltez con su gran rueda inmóvil y dentada. Aquello evocaba una fuerza oculta, trabajo que

habría de venir, máquina que movería los cangilones de las norias fecundando el país y haciéndolo prosperar.

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Ya no estamos solos. El primer pueblo queda lejos, pero no importa, aquí hay medios de vida. Molino. Y una casa con chimenea. Es decir, trabajo, hogar, fuego. ¿No te parece que lo tendremos todo?

—Seguro que nuestra suerte va a cambiar.

Entraron en la casa. Estaba desmantelada, sin muebles casi. Sólo un armario desvencijado, unos jergones en mal uso, en un rincón apertos de labranza.

Afuera hacía frío y ellos encontraron un verdadero placer en encender la chimenea, cuyas maderas retorcidas poblaban de fantásticas sombras las centenarias paredes.

Explorando la casa, encontró

John una buena cantidad de palas, azadones y hasta semillas, recuerdo de otro tiempo en que hubo cosecha en aquellas tierras que no eran como hoy un erial sino blandas y fina como un regazo amoroso.

—Desde mañana voy a trabajar. La tierra nos dará lo que nos falta.

Creían estar solos en el mundo; nada les importaba del resto de la creación. Parecía como si fuesen la única pareja humana, sin necesidad de nadie más, viviendo de aquella tierra que al día siguiente sería arañada, fecundada por el amor y la abnegación.

Se sentían llenos de optimismo, de vitalidad. La ciudad les había convertido en esclavos al quitarles personalidad para hacerles un número igual al de los millones de almas que vivían como ellos, atentos a las mismas necesidades. Sólo aquí se sentían libres, junto a la tierra, en el silencio del anochecer, bajo las luces de las estrellas que tejían en lo alto sus prodigiosas armonías.

Llevaban algunas provisiones que condimentaron en el fuego, adquiriendo la carne ese olor áspero y voluptuoso que los leños imprimen al alimento. Olor a tostado, a sel-

va virginal, a montaña, a naturaleza limpia y pura, bendecida en su integridad por la mano superior de Dios.

La jornada había sido dura y tras el yantar reparador y sabroso, el sueño era el corolario que necesitaban para amanecer frescos, íntegros y fuertes, dispuestos al trabajo de cada día.

Dispusieron unos jergones, uno junto al otro y se desnudaron, tendiéndose en aquel lecho que les parecía tener blandicias de pluma.

—Nunca has dormido en un colchón mejor—dijo él.

—Un poco durillo, John.

—Ya te acostumbrarás.

Guardaron silencio. John estaba fatigado y no tardaría en dormirse. Los nervios de ella vibraban con intensidad, torturados por el cambio de ambiente, por la difícil inadaptación a lo nuevo. La hoguera proyectaba misteriosas sombras en los muros, se oían ruidos lejanos, esos ruidos misteriosos que el campo se complace en repetir como un eco. Piedras que caen, agua que corre, viento que silba con una energía de flecha, el salto de un gato buscando a su pareja en el silencio de las tinieblas. Todo ello parecía reper-

cutir en la estancia y en el propio corazón de Mary, mujercita joven a quien la soledad producía el temor de los humildes.

—Acércate un poco más, John— suplicó.

Sonrió el nuevo colonizador con cierta generosa tolerancia. ¡Qué cobarde era aquella mujercita!

—¿Por qué temes?... ¿No estoy

contigo?.. Aquí no tenemos enemigos, todo será bueno para nosotros.

—Soy como una niña, John.

—Pues como a una niña te cantaré para que duermas.

Y la fué arrullando suavemente hasta que Mary, sosegado al fin su sistema nervioso, se entregó a un sueño pesado y reparador, nuncio de un alegre despertar.

* * *

Se había levantado con el sol. Desde la hora del alba, ante las primeras claridades de la aurora, con ayuda de su pala y de su azadón, había tratado de arar aquella tierra desconocida, alfombra desierta ahora, pero que con el trabajo amoroso del hombre se convertiría en oloroso y reproductivo jardín... Pero el suelo parecía reseco, muerto, esquelético, bajo la violencia de muchas horas de soleada. Las azadas se hundían apenas unos centí-

metros en el suelo, encontrando piedra dura, repelente, agresiva, inviolable, donde no parecía tener que vivir ya más una cosecha nueva.

El transcurso de las horas le demostró la casi inutilidad de sus esfuerzos. Sería menester un arado a fondo, uncido a caballerías, que mecánicamente arañasen aquella tierra que carecía de ardor, de sangre, como calcinada de huesos.

Pensó con un poco de melancolía en lo difícil que le iba a ser pa-

ra él solo llevar a cabo el cultivo de una pequeña porción. Si al menos contara con algún compañero, con gentes distintas que le ayudaran en la faena noble que el día de mañana sería pan, trabajo y tranquilidad para todos. Pero estaban en una posición desierta, el pueblo más próximo a varias millas de distancia y no parecía haber alma viva por allí. Bien sabía tío Antonio lo que hacía al darle el arriendo de la finca. Era una cosa inútil y difícil donde llegar a rico tenía todas las virtudes del más estupendo de los milagros.

No podía pensarse en que Mary le ayudara en la tarea ingrata y abrumadora para el hombre, insalvable, destructora del organismo delicado de la mujer. Mary bastante hacía con arreglar la casa, con buscar esos encantos de coquetería, de buen gusto, de elegancia exquisita que deja toda mujer a su paso como un perfume de su delicadeza. No le podía pedir más.

¡Si encontrara un hombre!

Fué aquel mismo atardecer cuando lo encontró. Por la mal cuidada carretera, muy cerca de la finca, se detuvo un desvencijado automóvil, polvoriento, cargado con una mez-

cla extraña de objetos familiares y aperos de labranza. Seguramente se trataba de traslado de residencia, gente trashumante que lleva con ella, como una especie de caracol, su pequeño ajuar doméstico.

El coche parecía sufrir una avería, pues su conductor, un hombre pequeño, escuálido, había abierto la capota y contemplaba con atención el sencillo engranaje de su motor.

John se acercó lentamente, mirando el extraño vehículo y a su conductor.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó.

El otro hombre levantó la cabeza y sonrió al ver a aquel joven fornido, de camisa abierta por la que asomaba el principio del tórax, robusto y magnífico.

—Si pudiera ayudarme, de buena gana aceptaría.

—Estoy a su disposición. Entiendo algo de coches. ¿Qué le pasa al suyo? ¿Una bujía? ¿Un carburador?

—Nada de esto. Algo más sencillo y más complicado al mismo tiempo: que se me ha acabado la gasolina.

—Mala cosa. En eso sí que no puedo servirle.

—Lo suponía. ¿Qué le vamos a hacer?

—¿Va usted lejos?

—A California. Tuve que dejar mi huerta de Minnesota. Los tiempos están malos y uno no se ganaba la vida.

Una idea acudió a la imaginación de John. Si fuera posible un colaborador, alguien con el que compartir las fatigas de toda empresa en sus principios...

—Entonces, ¿sabe usted algo de agricultura?

Le miró extrañado como si le molestara la pregunta.

—Es lo único que conozco.

Sus labios se abrieron en una risa cordial, de amable compañerismo. Le tuteó adivinando en él al camarada, al socio.

—Entonces, ¿por qué no te quedas a trabajar conmigo?

—¿Lo dices en broma?

—Te hablo en serio. Preciso de otras manos para arar esta tierra. Si túquieres, aquí puedes asentarte.

—Me parece maravilloso. ¿Y tú, Marta?

Una mujer gordezuela y tostada por el sol apareció por una de las ventanillas del coche.

—A mí me parece lo que tú, que Dios nos ha enviado a ese señor.

—Entonces aceptamos.

—La mitad de la cosecha para cada uno. Todo lo haremos a medias.

—No hemos de reñir por ello. Nunca fuí egoísta. Supe siempre lo que era la camaradería de la labor.

Y así fué como desde aquel mismo momento tuvo John un compañero para su trabajo.

* * *

—Esta tierra necesita agua—había dicho Chris, el nuevo socio de John.

De una cisterna cercana, medio vacía, trajeron el agua necesaria para regar una importante extensión de terreno. El mismo coche les sirvió a manera de yunta de caballos o de bueyes. Con un aparato ingenioso arrastraba el coche el arado que abría surcos en aquella tierra resistente que iba cediendo poco a poco a la voluntad y a la energía de sus colonizadores.

Aquella primera noche hubo una agradable sorpresa. John y su esposa preparaban su humilde yantar cuando oyeron llamar a su puerta. ¿Quién podía ser a aquellas horas cuando ya se habían despedido de su socio y de la esposa de éste que ocupaban otro cercano casucho?

John abrió la puerta. Respiró con tranquilidad al ver perfilarse

en el umbral la sombra fina de su asociado Chris.

—¿Qué ocurre, Chris?

Con una sonrisa bondadosa, aquel hombre, que era de una perfecta nobleza de corazón, le dijo:

—Mi mujer os invita a comer un guisado de liebre.

—¿Liebre? ¡Maravilloso! Ahora mismo vamos.

Poco después se encontraban con el matrimonio Chris saboreando la carne jugosa y caliente. Pero, ¿de dónde habían sacado tal caza en un país que parecía desierto?

—Hay algunas por aquí entre los matorrales. Todo es cuestión de saberlas atrapar.

—¿Pero cómo?

—Cuando quieras una liebre, coges un alambre como éste. La liebre viene, salta y tú la coges como yo cogí ésta.

—Bravo. Veremos si me sirve de lección.

Aquellas cuatro personas formaban como un círculo social, unido al mismo interés. Se sentían optimistas respecto de su labor confiando en que la naturaleza sabe ser reproductiva para los que la aman.

Así al cabo de algunos días pudieron contemplar con los ojos amorosos del creador, una parcela de tierra cultivada, blanda y jugosa, en cuyo seno germinaban las semillas que dentro de algún tiempo se abrirían en forma de maíz. Contemplaban el pedacito de tierra con un amor maternal, pareciéndoles oír la augusta función con que realiza la naturaleza sus actos.

¡Si pudieran trabajar muchas hectáreas de tierra así! Entonces sí que se harían ricos, sí que conseguirían levantar la hipoteca que pesaba sobre la finca y era siempre una amenaza de deshaucio.

Un día, admirando el amado suelo labrado con amor, comentaron:

—Si tuviéramos diez hombres como nosotros...

—Sería el ideal.

—Necesitamos agricultores y un albañil, un carpintero, y de otros oficios...

—Podríamos hacer una especie de cooperativa, un pueblo nuevo, una colectividad en la que todos fuéramos amos del pedazo que cultivásemos, de la parte que se nos asignara.

—Un nuevo concepto del agro.

—¿Tan difícil sería buscarlo?

—Pero, ¿dónde encontrar hombres?

—Los hay a centenares que serían felices de tener algo como lo que nosotros les vamos a ofrecer. ¿No te parece, Chris, que podríamos poner manos a la obra?

—A mí me parece de perlas.

—Pues a ensanchar nuestro espíritu de colonización... a hacer de este pueblo una cooperativa en la que todos pongamos nuestro amor y nuestro trabajo generoso.

Las mujeres fueron de la propia opinión y aquella noche la emplearon en redactar unos grandes carteles que al borde de la carretera habían de indicar a algún viandante para que a su vez fuera nuncio de aquella demanda, que allí se necesitaba gente trabajadora, dispuesta a laborar, a colonizar la tierra con el esfuerzo de sus manos y el amor de su corazón.

Ocho grandes carteles aparecieron a un lado del camino con flechas que señalaban la situación de la finca.

SE NECESITAN
10 HOMBRES
CON OFICIO
PARA VIVIR
EN ESTA MAGNIFICA FINCA
Y REPARTIRSE EL TRABAJO.
NO PAGUE ALQUILER.
ENTRE.

Sugestivo, evocador, juvenil el anuncio surtió pronto su efecto. El primer viandante lo transmitió a otro, éste a su vez a un tercero y así sucesivamente se consiguió que en automóvil, coche de caballos, caballerías y a pie, un nutrido grupo se encaminara hacia aquella finca con la alegría de encontrar una tierra en la que instalarse como dueños y señores.

* * *

No diez sino más de treinta hombres se presentaron allí. Y con ellos sus familias, mujeres, hijos, hermanos, prolongación difícil para la vida del pobre, pero aliento y fuerza en todo tiempo para las dificultades del combate.

John y Chris se miraron un poco sorprendidos, como temerosos de la propia obra y del plan audaz que habían realizado. ¿No iban a fracasar en él? ¿No se encontrarían con tener que luchar con las pasiones, con los caracteres diferentes, con las ambiciones, con ese mundo contradictorio, híbrido y extraño que cada ser lleva en el corazón?

John, "alma mater" de la idea, comenzó a interrogar a todo aquel grupo de gente que anhelaba una contestación afirmativa y en la mayoría de la cual las huellas de una vida dolorosa se retrataban en los ojos.

—Vamos a ver—le preguntó al primero—. ¿Qué oficio tienes?

—Barbero.

—Necesito un agricultor.

—Pero mi oficio es necesario también en toda república. ¿No te parece?

—Verdad. Te quedarás entonces, pero tendrás que aprender a labrar tu tierra.

—Eso es fácil.

—Y tú, ¿qué hacías? — dijo a otro.

—De cigarrero.

—Harás de labrador.

—¿Y tú?

—Planchador.

—Aquí no hay que planchar nada, sino cuidar de la tierra. ¿Te conformas?

—Lo único que puedo hacer.

Fué aceptando a casi todos, y aun a los que al principio quiso rechazar acabó por quedarse en aras de un sentimiento fraternal que no quería lanzar a nadie a la miseria.

Entonces le tocó el turno a un hombre que tenía un aspecto más fino que los demás. Era débil, vestía un traje negro, usaba cuello y camisa planchada. Tenía unos cincuenta años y sus ojos eran dulces,

denotando un alma delicada y profundamente espiritual.

—¿Y tú, a qué te dedicas? — le preguntó.

—Yo soy violinista.

Hirieron sus oídos unas carcajadas. El mismo John sonrió ante aquel oficio de artista, tan apartado del que se necesitaba allí. ¿Para qué se quería allí un violinista? No estaban para conciertos, sino para el trabajo en común sobre la tierra.

—Eso no me conviene — le dijo.

—¿Sabes manejar una máquina?

—No.

Su voz desfalleció de amargura.

—¿Arar la tierra?

—Tampoco.

—¿Usar tus manos?

Tuvo un arranque.

—Mis manos sólo para la música, pero puedo aprender otras cosas.

John miró a Chris. Este se encogió de hombros declinando sobre su amigo la responsabilidad de la elección. Y John acabó por quedárselo también. Ayudaría algo a labrar la tierra, a transportar materiales, a lo que fuera. Tenía manos y voluntad... y un deseo de ganar un sustento, que el arte, la flor

y nata de su corazón, le negaba con la crueldad de un destino que aparta a una mujer amada para siempre.

Fué luego admitiendo a otros varios que tenían igualmente su oficio y que eran gente fuerte que seguramente convertirían con un esfuerzo mancomunado aquella tierra todavía dura en un campo de amplia recolección.

Se dirigió a otro hombre. Era alto, vigoroso, ceñudo, la mirada sombría y retadora y en toda la expresión un gesto de fiereza y mal humor.

—¿Cuál es tu oficio?

—Concretamente... ninguno.

—Entonces no me sirves.

Pero el aspirante no parecía admitir razones.

—Te serviré, te seré útil. Dime, ¿tienes un tractor?

Sonrió John señalando al coche al que se habían uncido los aperos de labranza.

—Si a eso se le puede llamar así...

—Bueno, pues yo conduzco el tractor.

—Pero ¿conoces algo de agricultura?

—Yo conduzco el tractor—repitió

tió con una insistencia que comenzaba a tener carácter de agresiva.

—Bien, pues quédate. Veremos si lo dices de veras.

Aun quedaba otro hombre pequeño, insignificante, que tampoco sabía nada de agricultura, pero que tenía mucha voluntad y anhelaba que utilizasen sus servicios.

—Por favor.

—Demasiada gente inútil. Sería todo esto un asilo.

—Le ruego que me admita—suplicó cruzando las manos en forma de cruz—. Se lo ruego. Voy a tener un hijo.

—¿Cómo?

Corrigió ante las risas socarronas con que habían acogido sus palabras.

—Bueno, yo no... Mi mujer.

John miró alegremente a su esposa.

—Mary, ¿qué hacemos con ese hombre? Dice que va a tener un hijo.

—Pues nos lo quedamos... y enhorabuena.

—Ya que ella lo quiere, te quedas aquí... con todo...

Creía que todos estaban ya colonados cuando se presentó otro in-

dividuo de aspecto torvo, con gafas, desagradable.

—Yo soy sepulturero.

—Ave de mal agüero... fuera de aquí.

—¿Por qué? La vida y la muerte no dependen de nosotros. Las da Dios. ¿Quién sabe si algún día van a necesitar de mí? Formaremos un pueblo y así como se anuncia un nacimiento, quizás algún día aparezca la muerte también.

Accedió a que se quedara. Le molestaba el oficio aquel, pero tenía confianza en que nunca nadie debía utilizarlo.

Después hizo marchar a algunos indeseables: los vagos de oficio, a los que era imposible que sirvieran ni aun para lo más elemental. Y cuando tuvo reunidos únicamente a los que se quedaban con él y que con sus familiares le contemplaban con la admiración que causa el jefe cuyas órdenes no son discutidas, les pronunció un discurso.

Mary no se movía de su lado, atenta y cariñosa para con todos, confiada en que las cosas iban a ir por el camino del bien.

—Amigos míos — les explicó John—, cuando llegaron los colonos del May Flower a esta tierra, llegaron como nosotros... Ellos

construyeron sus casas y produjeron sus alimentos... ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo? Hemos de formar una colonia, un pueblo en que todos vivamos unidos y sin otro ideal que el del trabajo... Exijo una gran disciplina... Tengamos el lema de todo para todos... Si alguien no está conforme, puede retirarse... Nadie os detiene, pero si os quedáis, cumplid con vuestro deber.

Estalló una gran ovación. Chiris tomó la palabra:

—Lo mejor es trabajar con afán y tener por único jefe de nuestro pequeño Estado a un hombre como John Sims.

Todos se pusieron de acuerdo. Y momentos después se desparramaban por el campo para elegir el lugar donde levantarían su pequeña vivienda y la tierra que tenían que cultivar.

John y su amigo Chris repartieron azadones y palas entre los nuevos agricultores y una hora después brillaban en lo alto las relucientes puntas de aquellas armas de labranza que caían sobre la tierra con un afán de amor y de fecundidad.

Iban a crearse un hogar, a lo-

grar una fortuna. La suerte no se les mostraría esquiva.

Contemplaban esperanzados el

mañana, mirando aquella tierra de promisión que les daría riqueza y pan.

Las primeras semanas fueron de energica actividad, en el período febril de toda construcción que comienza. Se distribuía la jornada en dos partes: una, labrando la tierra con toda suerte de estrambóticos arados, desde el clásico tirado por la yunta, a los uncidos en un viejo automóvil o en una rápida motocicleta que zigzagueaba por los caminos. La otra dedicada a la construcción de sus viviendas, modestas casuchas de adobes, típicas y primitivas, toscamente levantadas por aquella buena gente, ruda en su manera de obrar.

Pronto fué necesario, como en toda comunidad en que las actividades juntas producen el bien social, unir los diferentes oficios, las

distintas especialidades para las cuales estaban preparados. El carpintero que no sabía levantar los muros de ladrillos requería el auxilio del albañil, hábil artífice de la construcción; éste, que ignoraba la forma en que debían ajustarse las puertas, tenía que fiarse del carpintero buscando su colaboración. Espíritu de solidaridad humana, lección que enseñaba que todo el mundo necesitaba de los demás, que ningún hombre ni aun el mejor preparado, podía librarse del esfuerzo ajeno que suplía lo que desconocía su inteligencia. Un lazo de paz les unía a todos y en paz y gracia de Dios iba creciendo el pueblo, levantándose, sobre el ancho campo sembrado ya, las pequeñas

edificaciones con la torrecita tosca de sus chimeneas.

El barbero trabajaba en atender a sus clientes; el zapatero en recomendar las botas a los labradores, y aun el músico se entretenía en las horas de calma en tocar algunas serenatas que hacían más agradable las horas a aquel buen pueblo que tenía el alma plena de sencillez.

Sólo un día hubo un pequeño incidente, provocado por la intemperie de uno de los colonizadores.

Cierto labrador araba penosamente el pedacito de tierra que había escogido para su sustento.

Un hombretón, de aspecto provocativo y rudo, apareció ante él con irresistible aire de perdonavidas.

—¡Eh, que este sitio es mío!...

—¿Tuyo? Yo lo elegí ayer. Aquí no había ninguna seña.

—He dicho que es mío y no me gusta repetir las cosas. ¡Fuera de aquí!

Y como el débil parecía oponerse con una protesta silenciosa a ser despojado de su propiedad, acudió a contundentes razones y de un puntapié le echó lejos, poniéndose luego a reír con la risa brutal del hom-

bre forzudo que vence por la única persuasión de sus músculos.

Pero esos valientes de oficio encuentran siempre a otro que acostumbra serlo más que ellos.

Un hombre, Louie, el del rostro avinagrado y sombrío, el colono encargado de conducir el tractor, se dirigió a su encuentro. Había visto lo sucedido y su alma se sublevó contra el intento de injusticia que aquello significaba.

—Ya te estás largando de aquí. Este no es el lugar que te corresponde.

—¿Quién te mete en mis cosas?

—Toma... para que te acuerdes...

Estampó un fuerte puñetazo en su rostro y el hombre vino a caer al suelo, atemorizado ante aquella maza de hierro que había aplastado su nariz.

—Esto no está bien...—protestó.

—Ni está bien lo que tú hacías antes. Fuera de aquí, te he dicho. A buscar otro sitio. Y aprende que aquí no debe haber disputas. Aquí debe imperar el orden... y el que no esté conforme, ¡que se vaya!

Se alejó refunfuñando, pero sin ánimo para protestar, comprendiendo que la fuerza bruta no tenía en aquella sociedad demasiado valor.

Los días se iban sucediendo, portadores de trabajo y energía vivificadora. Los campos tenían ya el verdadero aspecto de un pueblo en que todo fuera actividad. Se había instalado luz en las casas, se habían completado los ajuares con modestos muebles y había macetas de flores a la entrada con vagas reminiscencias de jardín.

La tierra estaba en gestación. Sentía dentro de sí la augusta función maternal y parecía hincharse al impulso de una cosecha que iba a ser un estallido de vida.

Cierto día, Mary descubrió, maravillada, una espiga que se alzaba ya, fina y ondulante, de aquella tierra, como la promesa de un futuro reproductor y magnífico.

Permaneció rato largo ante ella, como adorándola, admirándola con generosa devoción, pensando en el milagro que significaba aquella so-

la espiga, verde y clara, que denotaba cómo en las entrañas del mundo se efectuaba la renovación de la materia.

John la sorprendió en aquel místico alarde de devoción.

—¿Qué haces?

—Mira.

—Van creciendo, ¿eh?

—Es maravilloso.

—Eso debe darnos confianza.

Nuestros esfuerzos, como los de todos, tienen su recompensa. Por fin alcanzaremos el premio a nuestro trabajo. Realmente es divina esta espiga. La tierra es como una madre.

—A la que debemos amar.

—Como yo te amo a ti.

Las manos enlazadas siguieron contemplando aquel maravilloso crecimiento de la espiga, aquella transformación misteriosa de que la tierra, roja, seca, pudiera dar

aquella dulce y delicada mies que más tarde sería pan, el divino alimento que, como decía el poeta, "deberíamos tomar de rodillas".

Los dos parecían evocar aquella bella narración de un literato contemporáneo, la de dos hombres a quienes Dios volvió después de muertos a la tierra, concediéndoles tres años de vida. Tres años fijos, pasados los cuales, la muerte había de llegar inexorable y ya definiva. ¡Ah! ¡Con qué anhelo, con qué fervor, con qué entusiasmo iban a vivir durante aquella época!... Día tras día apurarían toda la alegría de la existencia hasta el final...

Como todo marcha en la vida, transcurrió igualmente el plazo de aquellos tres años, pasados los cuales, Dios Nuestro Señor les volvió a llamar a su seno. Uno de los hombres había recorrido todo el mundo, había agotado todas las sensaciones, había descubierto todos los misterios, había gozado los más refinados placeres; creía haberlo tenido todo. Ya nada nuevo le reservaba el universo. Estaba contento y saciado de la vida, anhelaba la immortalidad del más allá. Pero el otro hombre no volvía y Nuestro Señor Jesucristo lo encontró tendi-

do en tierra, en el campo, contemplando el crecer de las cosechas, la maravillosa obra de la fecundidad.

—¿Qué has hecho durante ese tiempo, Hombre? — preguntó Dios. — Has recorrido como tu hermano el mundo entero? ¿Estás harto ya de todos los placeres y de todos los misterios del universo?

—No me moví de aquí, Dios mío.

—¿Qué no te moviste de aquí?

—No. No tuve tiempo para nada más, Señor. Aquí caí contemplando el milagro de la espiga prodigiosa que va creciendo y mañana será pan y alimento sagrado del hombre. Por sólo ver la transformación misteriosa de la tierra, espiga, grano, pan, he comprendido Vuestra gran obra y me he hecho cargo de mi pequeñez y de vuestra grandeza. El Ser que ha hecho tales prodigios, que así convierte la tierra en alimento, en indudablemente Dios. Y adorándoos, no tuve tiempo de ver nada más. Y así pasé los tres años ante una sola de vuestras obras.

Así también Mary y John parecían adorar al Creador que les permitía ver cómo la cosecha comen-

zaba a esparcir su llama fecunda y sagrada.

La tierra empapada de abono dió pronto su abundante fruto. La cosecha se presentaba magnífica, prometedora de riqueza, de que en breve iban todos a saborear, tras el sacrificio, la fiesta del tiempo feliz.

Y un atardecer, reunidos todos los hombres y mujeres de la colonia, se arrodillaron sobre la dura tierra, a la caída del sol, ante aquellos campos de maíz que ponían su abanico de verdor, rizado por un fuerte viento.

Uno de los hombres, pastor religioso, empezó a rezar la bendita oración, himno de todas las generaciones cristianas que tienen a Dios por bandera.

—Padre Nuestro que estás en los cielos... Bendito sea tu nombre... El pan nuestro de cada día... dánosle hoy...

Un muchacho llegó corriendo desaforado, sudoroso, con ansias de gritar, de reír, de confesar algo que llenaba de alegría su corazón. Pero el murmullo de las plegarias le hizo guardar silencio. Descubrióse, ocultó la alegría de su interior y se unió a los que rezaban, a los

que elevaban a Dios el salmo de sus almas agradecidas.

—No nos dejes caer en la tentación... mas libranos del mal... ¡Amén!

—¡Amén!

Apenas terminó la última estrofa, la voz del niño no pudo resistir ya más y abrazando a uno de los colonos, su padre, le dijo, estampándole un doble beso en sus mejillas:

—¡Papá! ¡Papá!... ¡Es un niño! ¡Un niño!

—¡Un niño!

Lanzó el sombrero al aire y abriéndose paso entre sus compañeros que reían también por aquel fausto acontecimiento, corrió hacia su casa, donde su esposa, atendida por Mary que fraternalmente se había brindado a ello, acababa de dar a luz un rubio y precioso chiquillín.

Abrazó sonriente a su mujer, llenó de besos a aquella cabecita menuda y blanca, sin otra sombra de negror que unos pequeños ojos sementornados, todavía sin luz... ¡El primer nativo de la colonia! ¡Y era su hijo! Reía y lloraba con una de esas emociones naturales y torpes de las almas buenas y sencillas.

Por la noche los colonos celebraron haber aumentado el número de sus habitantes.

Y hubo baile, durante el cual viejos y mozos se solazaron danzando típicas danzas casi olvidadas y que volvían a resurgir al impulso de una música perfecta tocada por el violinista.

¡El violinista! ¡El hombre al que estuvieron a punto de echar! Indudablemente, en este mundo todo es necesario, todo forma parte del gran conjunto armónico y perfecto. Sin el violinista la velada no hubiera tenido aquel alegre matiz... y no habrían podido trenzar los bailes que recordaban a los entrados en años su juventud pasada, y a los jóvenes la alegría del tiempo presente y del amor que ya surgía por los ojos.

Mary seguía cuidando a la enferma, a cuyo cuarto llegaba el eco de la fiesta, la alegría de aquellas gentes que tenían derecho a unas horas de diversión.

—¿Le molesta el ruido?

—No. Además, hay que dejarles que celebren el nacimiento de mi hijo. Y gracias por todo, Mary... Me ha prestado usted un gran servicio.

—Era mi deber.

—Algún día yo la ayudaré a usted.

Mary sonrió. Quizás se equivocaba la buena amiga. El cielo no había querido premiarla por ahorra con la alegría de la fecundidad.

Pero aquella gran fiesta no debía celebrarse con paz en los corazones. Algo venía a interponerse entre ellos y la felicidad, ensombreciendo de repente la ilusión forjada en sus espíritus.

Louie, el conductor del tractor, acercóse a John que presidía la fiesta con el aire del jefe cordial que toma parte en las alegrías de su gente, y le tendió un papel. Louie estaba sombrío y silencioso, como preocupado bajo el peso de una responsabilidad.

—¿Qué es eso? —dijo John frunciendo el ceño.

—Lee y lo sabrás.

Era un edicto judicial con estas palabras:

Venta judicial

Por orden del Tribunal Superior, el sheriff venderá en pública subasta la siguiente propiedad en Centre Court; la granja llamada "Granja Roger S. Wilson", que consta de ciento sesenta acres más

o menos, en el municipio de Oaway, junto con las viviendas y el equipo completo para satisfacer el juicio de cuatro mil cuatrocientos ochenta y dos dólares diecisiete centavos a favor de la Central City Bank and Trust Company.

*El sheriff,
John Konstrans.*

John quedó aterrado. ¡Aquella hipoteca de la que le había hablado su tío, pero que a él parecía una cosa remota e improbable, estaba allí y exigía sus intereses, la venta en pública subasta por no haber pagado los plazos fijados!

La palidez y contrariedad que se dibujaron en el semblante de John sorprendió a Chris que estaba sentado a su derecha y que leyó el papel, quedando igualmente aterrado ante la posibilidad de aquella subasta que podría arrancarles con la fuerza de la justicia ciega de las tierras que ya consideraban suyas.

El labrador que estaba junto a Chris leyó el edicto y a los pocos momentos todos tenían conocimiento de él.

—Pero ¿esta finca no es tuya? —preguntaron a John.

—No—confesó—. Me la cedió mi tío... pero estaba hipotecada... no han podido pagarse los plazos... y ahora ha llegado el momento temido... cuando nos digan... A marchar.

—¡Eso no será! ¡Eso no será! Pero poco a poco una sombra de pesimismo invadió a todos. Cesó de tocar el violín, los cantantes enmudecieron, los que bailaran se fueron a un rincón como si temieran turbar el silencio de aquella hora solemne en que la esperanza se fundía ante sus ojos.

Disolvióse la reunión con el temor y la preocupación de las cosas inestables, a merced de un destino ciego y sordo, que se complace en herir con la mayor estupidez. John fué a buscar a Mary y le comunicó lo que ocurría. Pero ella le animó con su sonrisa de compañera buena, leal, que no teme al mañana y confía en su buena suerte.

—No te desanimes. Dios proveerá.

Y él volvió a sentirse contagiado del optimismo de una mujer que hablaba en nombre del amor.

Al otro día John y Mary estaban contemplando aquella cosecha que era ya como una bendición de Dios, que había convertido en alegre tonalidad lo que antes tenía la monotonía de la planicie incultivada.

—Mira bien nuestra cosecha —decía él con melancolía—. Quizás sea la última vez.

—No lo creas. Tras ella vendrán otras en una sucesión triunfal.

—¡Qué bella es!... No quisiera irme nunca de aquí. Y sin embargo...

—Sin embargo, nada debes temer... —dijo a tiempo que le ofrecía un cazo de agua.

Chris avanzó hacia ellos dando muestras de viva agitación.

—John, ahí está el comisario.

—¿Cómo?

—Van a subastar la finca.

—Pero...

También Mary estaba lívida, pero procuró disimular esa impresión dolorosa, a fin de dar ánimos a su marido.

Los tres salieron al encuentro del comisario, que, acompañado de otro alto funcionario, venía a arrebatar la finca a sus actuales arrendatarios.

La presencia de aquella gente sublevó a todos los colonos, quienes se dirigieron hacia los dos hombres en una actitud reservada, pero que un verdadero observador habría calificado de poco tranquilizadora.

El comisario y el síndico subieron a un entarimado desde donde se dominaba la muchedumbre.

Abajo, mezclados entre los legítimos cultivadores de aquella finca que ya todos habían conceptuado como suya y que se les vería a quitar de una manera despiadada, estaban

ban dos sujetos de mal talante, dispuestos a quedarse por escasa cantidad con aquellos terrenos labrados que ahora valían una verdadera riqueza.

Pero Louie, el hosco colono, que llevaba, sin embargo, una conducta intachable, había dado instrucciones a su gente, dispuesto a impedir que aquellos licitadores tomasen parte en la subasta. Los dos comerciantes adivinaban la atmósfera de hostilidad que les rodeaba, pero fingían no enterarse de ella, convencidos de que nada les impediría el desarrollo de su plan.

El comisario tomó la palabra y se hizo un silencio casi impresionante entre la ruda y alterada multitud:

—Señores: ofrecemos en subasta esta finca conocida por el nombre de Roger S. Godwin, con todos sus materiales y plantaciones, para satisfacer una hipoteca de cuatro mil cuatrocientos ochenta y dos dólares... La posesión vale mucho más. Tiene grandes terrenos, suelo rico, posibilidades inmensas. Va a comenzar la puja. ¿Qué oferta hacen?

Uno de los comerciantes, despre-

ciando las miradas de hostilidad, se atrevió a decir:

—Yo ofrezco...

Pero inmediatamente se sintió cogido, entre las apreturas de la aglomeración, por unos brazos fuertes y terribles, a tiempo que Louie le decía al oído con una actitud tajante que no daba lugar a réplica:

—¡Usted no ofrece nada!

—Pero...

—¡Silencio!...

Y le señaló al propio tiempo una gruesa cuerda con la que parecía indicar que estaban dispuestos a colgarle de atreverse a tomar parte en el concurso.

El comisario no había reparado en aquel incidente, hecho astuta y rápidamente.

—¿Nadie ofrece nada? Vamos, señores, hagan oferta... Es una de las ocasiones mejores que se presentan.

El otro licitador quiso decir algo, pero otros brazos aprisionaron brutalmente los suyos, indicándole que no se atreviese a formular una proposición porque no saldría vivo de allí. Detrás de él unos hombres sostenían otra cuerda pronta a de-

jarla caer sobre su cuello y exterminarlo.

—Hagan oferta, señores...

Entonces, uno de los campesinos, habló, con una voz seria, solemne:

—Un dólar setenta y cinco céntimos.

Hubo un murmullo de admiración y de risa, mientras los dos comerciantes rugían sordamente ante la impotencia a que eran sometidos.

El comisario miró a todos con altivez:

—Aquí no estamos de broma. Vamos, ¿quién hace una verdadera oferta? ¡La finca lo vale!

Entonces Louie levantó un brazo.

—Yo ofrezco 1,85.

—¡Pero eso es ridículo!—gritó, furioso, el subastador—. ¿Saben ustedes lo que hacen? ¿Se han propuesto tomarnos el pelo? Una finca valorada en miles y miles de dólares... y dar por ella tal miseria. Bueno, basta de guasitas... y a ser un poco formales.

Pero el silencio más absoluto siguió a estas palabras. Los dos comerciantes, dispuestos a dar millones de dólares por aquellos terrenos, no podían hacer nada bajo la

dura coacción de aquella gente que defendía lo suyo, cegada por el sentimiento de su propiedad.

—¿Quién ofrece más? ¿Quién?

Nuevo mutismo, silencio general. Entonces Chris tomó la palabra con la tranquilidad del hombre que conoce bien la ley.

—Comisario, el acto está ya cumplido.

—¿Cumplido? No... no... Volveremos otro día, cuando seáis más razonables.

—Nada de eso. Otro día sería, además, como hoy. Pero es que usted debe conocer la ley, señor comisario. Ya hay dos ofertas. No lo olvide. La una de 1,75, la otra de 1,85... Artículo 48, sección tercera de la ley...

El comisario se revolvía furioso, viendo cómo se le escapaba la importante comisión que hubiera tenido en una venta normal.

—¿Pero vais a dejar vender esa propiedad por el ridículo precio de 1 dólar 85? ¿Os dais cuenta de lo que hacéis?

—De lo que nos damos cuenta es de que el tiempo pasa y es preciso que terminemos pronto.

—Pero... definitivamente, ¿no da nadie más?

Definitivamente nadie dió más. Y la finca, por la cantidad irrisoria, ridícula, de 1,85, pasó a poder de los campesinos...

El comisario marchó enfurecido al igual que los dos comerciantes, que no se atrevieron a formular ninguna denuncia ante el temor de la venganza de aquellos colonos que parecían no reconocer otra autoridad que la necesidad suprema de defender su trabajo.

Mary y John estaban maravillados del proceder de su gente, que de manera tan donosa y hábil había logrado mantener la integridad de la finca.

Cuando fueron a felicitarles por aquella actitud digna y bella, tuvieron una alegría más.

—Habíamos decidido comprar la finca para ti, John... Tú nos diste el modo de ganarnos la vida, justo era que te recompensásemos.

—No. La finca es de todos... Yo no puedo aceptar.

—Di tu nombre. Eres el nuevo dueño. Está inscrita para ti—indicó Louie.

Sonó una gran ovación. La gratitud vibraba en aquellos corazones enlazados por las más ardientes amistades.

—¡Gracias... gracias!... Pero ¿cómo nació esta idea? Yo nunca hubiera pensado en una cosa así.

Uno de los colonos, de aspecto redomado tuno, explicó:

—Esto es cosa fácil. Hay que tener sólo audacia y no amilanarse nunca. Yo vi vender así en Iowa una finca por noventa y cinco céntimos.

—Pues bien: la finca, nominalmente, es mía, pero todo es de todos. Vivamos fraternalmente, sin odios, nada más que bajo el amor. Gracias a todos.

Y aquella noche volvió a ser fiesta en el campo, y el violinista pudo otra vez recrear los oídos de sus camaradas con la interpretación de aquellas notas clásicas que sonaban a algo maravilloso en la soledad de la noche estrellada y magnífica.



—¿Tú crees que la riqueza viene sola?



Se sentían llenos de optimismo.



—¿Por qué temes?
¿No estoy contigo?

Permaneció largo
rato ante ella, como
adorándola...



...celebraron haber aumentado el número de sus habitantes.



—No quisiera irme
nunca de aquí.



—Usted no ofrece nada.



—...¿podemos servirla en algo, señora?



Se habían reunido cierta noche todos los colonos.



Se miraron con recelo...



—No, no hay disculpa para esas cosas.



—Mi marido no es el mismo desde que usted llegó aquí.



—¿Tiene usted algo que decirme?



...se veía por las noches con Patsy...



...era preciso abrirse paso...



La cosecha estaba salvada...

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA

...era preciso abrirse paso...
...era preciso abrirse paso...
...era preciso abrirse paso...
...era preciso abrirse paso...

* * *

Se habían reunido cierta noche todos los colonos para tratar de la organización de las provisiones que en aquellos últimos días habían escaseado, agotadas las que cada uno tenía. Era aquel un asunto de importancia al que era preciso poner remedio.

De repente llamaron a la puerta con cierta insistencia. Les sorprendió la llamada, pues todos los colonos tenían el derecho de entrar en el pabellón y no andaban con demasiados cumplidos.

¿Quién podía ser a tales horas? Uno de los colonos se apresuró a franquear la entrada y apareció, bajo el dintel, una bella mujer, rubia, joven, envuelta en pieles, con unos grandes ojos magníficamente grandes y expresivos.

Contemplaron sorprendidos a aquella mujer que no era ninguna de las que vivían con ellos. ¿De

dónde había podido salir aquella criatura elegante, bien vestida, que tenía un aire burlón y estaba vuelta en un suave perfume que viña a herir el olfato de aquellas gentes rudas, no avezadas a más aromas que a las silvestres?

Antes de que la pudieran interrogar, ya ella, rompiendo en una suave carcajada, preguntó:

—¿Qué es esto?... ¿Una cueva de bandidos?

John, jefe de las tierras, avanzó hacia la viajera, y mirándola cortérrimamente, respondió:

—No, señora... Somos labradores.

—¿Todos ustedes? ¡Caramba!... No creí encontrar aquí una asamblea tan numerosa.

—Pues ya ve. Pero, ¿podemos servirla en algo, señora? — siguió diciendo John mientras ella no cesaba de mirarle con sus ojos que

tenían una fascinación extraña, misteriosa.

—Me he equivocado de camino —explicó— y tengo a mi marido borracho perdido en el coche... Si alguno de ustedes quisiera traerlo aquí se lo agradecería en el alma.

—Naturalmente — dijo John—. Vamos allá inmediatamente... A ver, un hombre forzudo. ¿Dónde está Louie?

Entró Louie atropelladamente.

—Fuí a beber una copa... Estoy a tu disposición.

—Vamos con la señora. Tú también, Chris...

Los tres hombres, acompañados de la desconocida, se dirigieron a la carretera.

La mujer sonreía alegremente, como si no le preocupara demasiado la situación de aquél marido borracho que no se podía mover.

Cuando John y sus amigos examinaron al hombre que estaba tendido en el coche, arrugaron el entrecejo desagradablemente sorprendidos.

Se miraron con recelo y al cabo John explicó:

—Este hombre está muerto.

La viajera palideció.

—¿Cómo?

—Sí — indicó Chris —. Ese hombre ha muerto de una congestión. Sólo hay que verle la cara.

—Llevémosle al granero.

Le condujeron allí y uno de los labradores, que había estudiado medicina, diagnosticó que la muerte había sido debida a un ataque cerebral, producido por los frecuentes abusos del alcohol.

La mujer pareció reponerse pronto de su disgusto y asistió al entierro de su marido con una tranquilidad rayana en la indiferencia.

El sepulturero tuvo que prestar por primera vez sus servicios: en aquél pequeño mundo todos eran necesarios, de nadie podía prescindirse. Otra vez el espíritu de solidaridad social se ponía de manifiesto como algo indispensable que no se podía abandonar.

Patsy, la joven viuda, manifestó al día siguiente su deseo de continuar allí, en la colonia. No tenía ya a nadie; el mundo para ella no tenía atractivos, en aquel sitio era donde había encontrado personas amigas... ¿No podría formar parte también de la colonia?

Y miraba tan dulcemente a John, que éste, indiferente hasta entonces al encanto de toda mujer que no

fuerá la suya, sintió como una extraña desazón y un anhelo fervoroso de que se quedara allí.

Sus deseos acostumbraban ser ley para todos, y aunque entre aquellos labradores no caía demasiado en gracia una mujer elegante, que no podría hacer faenas manuales y que sería seguramente una criatura de lujo, la aceptaron por compañera.

Mary la miró desde el primer día con cierto temor. Incapaz de odiarla, sin motivo tampoco para ello, le parecía que aquella viuda habría de traerle desgracia, pues no parecía igual que todas las demás mujeres de la colonia, llanas, sencillas y humildes, todas generosas y nobles de corazón.

Ocupó Patsy una habitación en la misma casa de Mary y de John. Se pasaba gran parte del día en su cuarto, tocando el gramofón, fumando cigarrillos y únicamente salía al atardecer a hablar con los labradores, a partir largamente con John, que experimentaba cada vez que ella le dirigía la palabra una turbación singular.

Al pasear por el campo todos la miraban con curiosa complacencia. En algunos el instinto ante una mu-

jer hermosa y refinada, con la provocación de la coquetería, les hacía devorarla con los ojos, sintiendo ansias fervorosas de abrazarla. Otros se encogían de hombros, pues gente con familia y con hondas preocupaciones, no les interesaba demasiado una hembra hermosa y complaciente.

Pero de entre todos, era John el preferido de Patsy. Muchas veces iba a hablarle, contándole cosas de su vivir, de un lado a otro de la tierra, sin la firmeza de un lugar seguro en que poder reposar verdaderamente. Con su marido no había sido feliz... El no la comprendió nunca, no la amó jamás, fueron como dos líneas paralelas que yendo infinitamente juntas no llegan a encontrarse, a fundirse, a sentir su mutuo calor.

—No he encontrado aún el hombre que me comprenda — afirmaba.

—Puede usted hallarlo todavía — respondía John con serenidad—. Es usted muy joven para pronunciar la palabra nunca. Esta sólo deben decirla los viejos y los cansados.

—Es que yo estoy cansada de todo, John. Las únicas distracciones

son las de poder ahora hablar con usted... tan comprensivo...

—Pero usted sabe que yo tengo que trabajar...

Y presintiendo un peligro, la proximidad de toda mujer hermo-

sa que se insinúa con alegre tentación, se apartaba de ella, yéndose a trabajar, a ver cómo continuaba las faenas aquella buena gente que se enorgullecía viendo la exuberancia de los campos, triunfo de su voluntad.

* * *

Mary parecía presentir, adivinar el peligro que la amistad con Patsy podía llevar a John. Y extremaba para éste sus dulzuras al tiempo que se iba apartando más y más de aquella otra mujer, incapaz de ayudarles en nada, llevando una vida simplemente contemplativa, de espantosa languidez, tumbada en un diván y oyendo el son de los tangos en el gramófono.

Aquel día, John, en su despacho, hablaba con Mary.

Parecía nervioso, cansado.

—Ayer hubo casi otra muerte— explicaba—. Louie descubrió a uno que robaba las provisiones.

—¡Parece imposible!

—Las vendía para comprar un aparato de radio a su mujer...

Mary se echó a reír.

—¡Pobre! ¡Por su mujer! Casi tiene una disculpa.

—No, no hay disculpa para esas cosas. Todo lo de aquí es sagrado, pertenece a la comunidad, a todos. Al primero que descubra en un delito análogo, te aseguro que va a pagarle caro.

Oyóse en aquel momento una musiquilla que tocaba un vals. Surgía del cuarto contiguo; seguramente Patsy entretenía sus ocios, que eran muchos, con aquella canción.

—Es el gramófono de Patsy— dijo Mary con cierta ironía—. Esa mujer no parece haber sentido mucho la muerte de su marido.

—Creo que no vivían muy bien. Al parecer, él era un borracho que le daba muy malos tratos.

—Y ella, ¿sabes tú lo que era ella?

—Lo ignoro, Mary... Pero me ha dicho que desea trabajar y ayudar en lo que precise.

—Pues lo que es por ahora...

—Parece que va de veras. Hoy ya ayudó al cocinero..

—No te fies demasiado...

No volvieron a ocuparse más de ella, pues llegaron varios labradores y comenzaron a tratar con John de varios asuntos de suma urgencia. Mary continuó arreglando la casa con aquel espíritu de honesti-

dad, de laboriosidad, que formaba el norte y centro de su vida... y de lo que John se había sentido siempre tan orgulloso.

Estaba contenta. La cosecha pronto se recogería con una esplendorosa magnificencia... Ya la pobreza había desaparecido, pues John era ahora, según la ley, el legítimo propietario de todas aquellas tierras... Y sin embargo, había a veces en el alma de aquella mujer un temor, algo que parecía amenazar la estabilidad de su dicha. ¿Qué era? No podía precisarlo porque no tenía verdadero motivo para ello, pero le turbaba la compañía de Patsy, aquella mirada burlona, apasionada, que aquella mujer tenía a veces como si quisiera encender en todos los espíritus la llama pecadora que ardía en su corazón.

* * *

Louie miraba igualmente con malos ojos a Patsy. Ya desde la primera noche tuvo cierta preventión contra aquella mujer cuyas facciones parecía recordar de no sabía dónde...

Durante varios días procuró ejercitarse la memoria para centrar el lugar de donde conocía a aquella Patsy, pero los esfuerzos le fallaron lastimosamente.

Sin embargo, le parecía que no era una mujer muy pacífica y que tras ella habría indudablemente de venir la perturbación. Le recordaba un cuento de su niñez, cuando aun la vida no le había herido a él tan gravemente como lo hizo más tarde, llevándole por los precipicios del mal, a estar en deuda con la justicia, que el mejor día le haría caer su garra implacable, quitándole la libertad.

El cuento se lo había oído a su

padre. Era el de un pastorcillo que había encontrado cierta vez a una serpiente recién nacida a la que cuidó amorosamente poniéndola para darle calor al abrigo de su propio pecho... El pastorcillo tuvo que abandonar aquellas tierras, pero años después, convertido en un hombre, volvió a las mismas y lo primero que recordó fué aquella serpiente de ojos verdes. La llamó como en sus tiempos infantiles y apareció una serpiente enorme, monstruosa, de varios metros de longitud, bella, con una piel escamada que ponía todos los tesoros del color.

Cariñosamente se la acercó, pero el reptil, sin hacer caso de su llamamiento cariñoso, de que en otro tiempo la había cobijado dándole el dulce apoyo de su calor, le fué rodeando con sus anillos, hasta envolverle por completo, aprisionán-

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA

dole y triturándole los huesos con un refinamiento de bárbara crudidad. En vano la llamó amorosamente por el dulce nombre que había inventado, pero la serpiente, lanzando unos sonidos extraños, se complacía en su obra de destrucción que no terminó hasta robar la vida al infeliz.

Temía que con Patsy pasara lo mismo. Que también ellos la cobijasen y como la serpiente del cuento, pagase con la muerte la dulce bondad tenida para con ella.

Andaba Louie sumido en aquellas preocupaciones, mientras sentado en un banco, iba comiendo la escasa comida. Era esto motivo de grave preocupación. La escasez cada día más manifiesta de víveres. Se habían agotado lo que cada uno llevaba y el dinero para adquirirlas. Un espectro de hambre parecía cercarse como un ave de mal agüero.

Vió avanzar a Patsy, vestida de negro, lo que contrastaba con su belleza rubia...

La viuda iba comiendo la escasa parte que le había tocado y al ver a Louie dijo sonriente:

—Déjeme usted un poco de sitio.

Retiróse Louie unos palmos re-

funfuñando, mientras ella sonreía, una pierna cabalgando encima de la otra y tomando a pequeñas raciones su comida, como si estuviera en la terraza de un café y mirara a las gentes con el ansia de coquetear y divertirse con ellas.

Ella intentó hablar varias veces sin que Louie le siguiera en la conversación. Comía de prisa, pareciéndole un enemigo la mujer que tenía a su lado.

Patsy, de pronto, como siguiendo el curso de sus pensamientos, dijo:

—Me parece que voy a establecer aquí un instituto de belleza.

—Hará usted poco negocio — contestó Louie con antipatía mal disimulada.

—¡Quién sabe!... Por de pronto... invitaré al jefe.

El la contempló con ira.

—Le advierto que es casado... y debe dejarlo tranquilo.

—A eso a usted no le incumbe... También los casados deben arreglarse, ¿no le parece?

No le respondió Louie y alejóse de allí, temeroso de nuevas e impredecibles preguntas de aquella mujer de alma aventurera que parecía no tener otra norma que la

de cazar al jefe con el arma de sus sonrisas y de sus ojos diabólicos y violentos.

Por la tarde fué Patsy a ayudar a Mary en el recuento de las escasas provisiones que quedaban en la repostería.

Mary no la vió llegar con buenos ojos, pero espíritu bueno y que no gustaba de pendencia, admitió la compañía de aquella criatura poco interesante.

Apenas quedaban víveres. Las cifras no podían ser más ridículas.

—Diez kilos de patatas—dictaba a Patsy que en una lista, a manera de inventario, apuntaba la existencia.

—Una docena de cebollas.

—Un saco de guisantes.

—Tres latas de tomate.

Louie entró en el cuarto para ayudar a Mary y al ver a Patsy retrocedió y no pudo evitar un gesto despectivo.

Así como por Mary, madrecita de todos, era él capaz de hacer cualquier sacrificio, por aquella otra mujer repetiría gustosamente la hazaña que hizo cierta vez de tirar al río a una persona.

También Patsy le miró con hostilidad y le dijo, retadora y con una

voz en la que vibraba la más terrible de las cóleras:

—¿Quiere algo?

—No.

—¿Tiene algo que decirme?

—Tampoco. Nada de particular.

—Entonces no venga con esa cara...

Salió Louie refunfuñando, mientras Mary, sonriente, comentaba:

—Al fin y al cabo es un buen chico.

—Lo será para ti, pero yo no lo trago.

Mary no contestó, prosiguiendo el inventario de las escasas raciones, labor que bien pronto fatigó a Patsy, que tuvo que abandonarla para dirigirse a su cuarto donde, como de costumbre, se entretuvo en oír cómo cantaba su fonógrafo.

Entretanto, John estaba preocupado ante la escasez de provisiones cada vez más acentuada.

¿Qué iba a ocurrir cuando se terminasen del todo? No había dinero para adquirirlas y quizás estarían todos sometidos a un régimen de hambre que vendría a destruir sus planes, su vida, las ilusiones acariciadas por el amor.

Chris andaba igualmente mohino

y cabizbajo por entre los maizales, ya en una fertilidad abundante.

Vió de pronto avanzar a Louie más sombrío que de costumbre. Su cuerpo atlético se encorvaba al impulso de penosos pensamientos. En sus ojos había unas rayas amarillentas de cólera o de temor.

Ya ante Chris se detuvo y le preguntó con un aire de profunda tristeza:

—Chris, quería preguntarte algo.

Chris levantó la cabeza.

—Tú dirás.

Miró de un lado a otro, como si temiera que pudieran escucharle, pero al cabo agregó:

—¿Cómo va la cuestión de las provisiones?

—Muy mal.

—¿De veras?

—Ya lo hemos agotado todo. Si en los matorrales no se encuentran más liebres, tendremos que roernos los puños.

Permaneció unos momentos silencioso, al cabo de los cuales cautelosamente entregó un papel a Chris.

—Bueno. Mira esto.

Chris paseó asombrado sus ojos por un papel en el que figuraba el

retrato de Louie, fotografías de frente y de perfil como en las fichas policías. Abajo y a modo de epígrafe constaba que se daban quinientos dólares al que presentase a aquel fugado de presidio.

Sorprendido, miró de frente a aquel hombre de vida misteriosa que se descorría ante él hasta sus últimos rincones. ¡Un fugitivo, un huído de la justicia! Pero ¿qué importaba? Allí eran todos hermanos y nadie debía dar ni pedir cuentas de su conducta anterior. Sólo les interesaba desde el momento en que llegaron al campo, nada más. Lo que hicieron antes pertenecía al arca de los recuerdos.

—Bien... No lo sabía.

—¿No te avergüenzas de mí?

—¿Por qué? ¿No te has regenerado con el trabajo? No quiero saber nada de lo antiguo.

—Sin embargo, ¿has leído bien este papel?

—Sí. Pero ¿qué tiene que ver esto con las provisiones?

Le miró anhelante, con una generosidad simpática.

—Son quinientos dólares de recompensa.

—No entiendo...

—Mira. Aquí nadie tiene dinero

y se están agotando los víveres. Yo soy el único que valgo algo. Quinientos dólares. No me importa sacrificarme. Vamos a ir los dos al pueblo y tú volverás solo, con los quinientos dólares. ¿Aceptas?

Chris le miró primero con estupefacción, con indignación después. Indignación de que pudieran tomarlo a él por un hombre así.

—¿Por quién me tomas? ¿Me crees capaz de delatarte, de ser tan vil de entregarte a la justicia?

—Se trata de una fuerza mayor. Hay que conseguir alimentos. Los necesitan nuestras esposas y nuestros hijos. Hay que buscarlos, sea como sea.

—Sí, pero no de esa manera...
—Tarde o temprano me cogerán.
—Para mí es como si nunca hubiera visto ese papel.

Y lo rasgó en varios pedazos, demostrándole a Louie que jamás aceptaría sacrificio semejante. Lo contrario: con su conducta aquel hombre se había engrandecido ante sus ojos, adquiriendo caracteres estimables y magníficos.

Louie le dejó, con la idea tenaz agarrada a su imaginación de que, para lavar su vida pecadora, en vuelta siempre en dolorosas circunstancias, ninguna ocasión mejor que el sacrificio de su persona en aras de los que le habían hecho el bien.

* * *

No vaciló más ante la idea fraternal de sacrificarse por los otros. Cuando miraba atrás no veía más que huellas dolorosas y terribles. Un ambiente envenenado, intoxicación total de su alma, camino de perdición, el único camino de su vi-

da. Había hecho mucho daño, habían sufrido mucho por él. ¿Por qué no devolver ahora en bienes el dolor y el espanto de las jornadas pasadas?

¡Quinientos dólares valía él! Estaba dispuesto a darlos para que

con su importe pudieran los labradores comer hasta tanto que la cosecha estuviera en condiciones de ser vendida. El repararía en el presidio sus faltas con la alegría de haber ya lavado anteriormente su alma en el Jordán de una buena acción.

Ya no lo pensó más. Y al día siguiente habló con Patsy, cuya vida conocía también.

Sabía que esa muchacha había sido una criatura de costumbres libres, alma de aventurera, casada después con un sujeto de cuidado, borracho empedernido que en su vi-
cio debía encontrar la muerte. Ella misma sería, pues, la que le acompañaría al pueblo para delatarle. Unico espíritu lo suficientemente ruín para aceptar aquel sacrificio generoso que los demás repugnaban de tolerar.

—Patsy—le dijo con el aire autoritario y duro y aquella expresión ceñuda que no le abandonaba jamás—. Patsy, prepárese ahora mismo que vamos a ir los dos al pueblo.

—¿Para qué? ¿Para casarnos?

—No. Usted le va a decir al comisario que es la señora Sims.

Parpadeó asustada.

—Yo no he hecho nada malo... yo...

—Bien, eso no me interesa. Pero ha de hablar usted con el comisario para un asunto relacionado conmigo. Ya le explicaré eso por el camino. Es una historia interesante.

—Ardo en curiosidad.

—No tardará en saberlo.

Marcharon los dos, procurando no ser vistos y por el camino le fué explicando Louie la necesidad de que él se entregara para que se diesen los quinientos dólares a los colonos.

—A usted se los darán, puesto que usted será la encargada de entregarme. Pero ¡ay! si me traiciona y huye con el dinero.

—No tengo interés alguno en marcharme. Los quinientos dólares se le acaban pronto a una mujer como yo. Aquí en cambio, tengo la protección de buenos amigos míos, especialmente de John.

—Cuidado con él...

—Eso no debe preocuparle.

Sin excesivos escrúpulos morales y pensando que todavía aquel dinero le daría ocasión de realzar sus méritos ante los ojos de John por el que sentía una pasión capri-

cosa, fuerte, deseosa de triunfar y de ver rota la vida de Mary, consintió en ir con Louie al pueblo y le entregó al comisario, percibiendo el premio estipulado de quinientos dólares.

Simuló maravillosamente la comedia, sin que el comisario se diese cuenta de que se trataba de una mutua combinación. Y mientras Louie ingresaba sin exhalar una queja, contento de sí mismo,

con la alegría de haber servido ya para algo, en la cárcel del lugar, ella, Patsy, regresaba alegremente a la colonia, con aquellos quinientos dólares que iban a ser sorpresa y admiración para John y bienestar general para todos. Lo que a ella le interesaba era que John estuviera contento, que John le estuviese agradecido. A veces el agrado es una puerta pequeña por donde entra el amor.

* * *

Aquella noche salió a pasear por el campo y encontró a John meditabundo, fijos los ojos en la cosecha, con una melancolía indecible, que contrastaba con aquel optimismo de antes en que la vida, aunque dura, siempre parecía tener una alegre nota de entusiasmo.

Se acercó sonriente, cautelosa, felina, con el voluptuoso arrumaco de una fiera que acecha su presa e intenta caer sobre ella.

—¡John!

Su voz sonó dulce en el silencio del llano, y a su eco John movió lentamente la cabeza y quedó contemplando a aquella mujer cuyos ojos resplandecían magnéticos, como hinchados de un fluido misterioso, capaz de enloquecer.

—¡Patsy!

—¿En qué piensas?

Hizo un gesto de desaliento, de dolor. Por primera vez comenzaba

a temer de su suerte, viendo como el asunto de los víveres podía terminar con la explotación tan fácilmente iniciada.

—Estoy cansado de todo esto.

—No te preocupes — le dijo, mientras acariciaba una de sus manos —. Ven conmigo. La luna nos invita al olvido.

Le cogió del brazo y fueron a pasear bajo la hermosa luna que es cómplice de todas las locuras de amor.

John se sentía turbado. En su vida sólo había triunfado una mujer: Mary. Fuera de ella, no conocía a las otras. Para Mary todas las emociones, todas las delicias, todas las ternuras. Era como si no hubiesen existido nunca otras mujeres. Pero tampoco él se había sentido nunca mirado por unos ojos tan fascinadores como los de Patsy. Mary no sabía mirar así. Mary era una mujer de su hogar, naturalmente bella, pero sin coqueterías ni refinamientos voluptuosos. Mary tampoco sabía sonreír así... Y es que Patsy tenía una sonrisa diabólica, roja de sangre y de besos, sonrisa que debía quebrar las voluntades...

Se había sentido turbado desde

que ella se presentó en el campo, pero nunca como en aquella noche la había tenido tan cerca, tan a solas, en aquella soledad de la campiña, bajo aquel olor de la cosecha en floración, sensual y bravía como una estrofa ardiente de amor.

—Oh, no es que olvidase a Mary, no es que pudiera dejarla, pero ¿se es siempre dueño de los actos de uno?

Patsy, estrechándose contra él, infundiéndole el calor de su piel juvenil y perfumada, le dijo tiernamente:

—Eres muy bueno, John.

Contestó con una sonrisa melancólica y amarga:

—Soy como los otros.

—No, tú lo eres más.

Se habían parado. Los brazos de ella acariciaban los suyos, prontos a una entrega apasionada.

—Puedo ser bueno, pero así y todo, no puedo conseguir alimentos para los colonos.

Era llegado el momento de actuar.

—¿Qué dirías si esta noche tuvieras dinero?

—Que sería un milagro de Dios.

—Pues el milagro está hecho. Mira.

Y puso en sus manos un billete grande.

—¡Eh!, ¿qué es eso? —dijo en el colmo del asombro—. ¡500 dólares! Pero ¿de dónde los has sacado? ¿Cómo es eso?

—Louie... Louie que era un fugitivo de la justicia y...

—¿Cómo? ¿Le has entregado?

Y experimentó un sentimiento de horror.

—Te juro que no. Puedes enterrarte por él mismo. Ha tenido un acto de magnífica nobleza. Fuimos al pueblo y allí se entregó a la justicia, ordenando que se me dieran para toda la colonia los quinientos dólares de premio concedidos como recompensa a quien lo llevase.

—¿Y cómo consentiste tú?

—Yo nada pude hacer. Louie demostró que era un gran corazón.

—¡Noble amigo de todos!... ¡Quinientos dólares! Hemos de agradecerle eternamente su gesto y hemos de interceder para que le

pongan en libertad. No creo además que haya cometido ningún hecho grave. Debemos defenderle. Pero entretanto, albricias, Patsy. Ya tenemos quinientos dólares. Ya podremos alimentarnos. ¡Ah, volvamos corriendo!... ¡Qué contenta va a estar Mary!

Lanzó Patsy una exclamación de desencanto, de decepción, al ver que el primer pensamiento de aquel hombre era para Mary. Y le siguió rápidamente, pero no consiguió que se detuviera, pues lleno de alborozo quería explicar a su mujer y a los amigos el gesto loable de Louie, aquella nobleza de un hombre que sacrificaba su libertad para que los demás fuesen libres de un esclavo bárbaro y tirano: el hambre...

Ella, desencantada, entró en su habitación. Pero su corazón seguía adorando a aquel hombre, su alma y su cuerpo vibraban por él y no cejaría en su propósito.

* * *

Se interesaron por Louie, fueron al pueblo. John habló con el juez, hombre de noble corazón, quien haciéndose cargo de las cosas prometió ser lo más benévolos posible con el que había sabido poner un remate de nobleza a su vivir agitado.

La cuestión de las provisiones se había resuelto, mas ahora un nuevo conflicto preocupaba grandemente a los colonos que contemplaban temerosos el cielo azul, el tiempo seco, el polvo que comenzaba a amontonarse en los caminos. Habían transcurrido algunas semanas sin llover y la tierra se resentía en sus entrañas.

El pozo estaba ya casi exhausto y no era suficiente para regar aquella espléndida cosecha de maíz que comenzaba a palidecer con una sed dolorosa.

John sufría lo indecible al igual

que sus amigos por aquella sequía pertinaz que condenaba a la tierra al suplicio de la sed que es como la muerte en breve plazo.

En pocos días la terrible sequía se hizo notar en los maizales que perdieron su antigua y brillante coloración.

Paseaba John por entre las cosechas, de grandes hojas que se doblaban con desaliento, atormentadas por la falta de agua.

Chris se acercó a él, preocupado por los mismos sentimientos, pero procurando sonreír para infundirle ánimos y esperanzas.

—¿Qué sabes de Louie?

—El juez ha dicho que todo irá bien.

—Menos mal. ¡Sentiría tanto que le hubiese sucedido algo!

—Y yo. Pero temo que su sacrificio resulte estéril. Ahora el maíz

se está muriendo de sed y el agua del pozo no es suficiente.

Chris calló y al cabo se atrevió a aventurar:

—¿No se podría traer agua de los depósitos de la central eléctrica?

—Imposible. Está muy lejos.

—Pero la gente podría traerla.

—La gente está desanimada. La oigo murmurar contra mí como si yo fuera el responsable de la sequía. Por primera vez en mi vida comienzo a sentir el vacío...

—Debes reaccionar.

—Si no llueve, muchos se irán.

Y cortó rápidamente aquella conversación que le fatigaba.

Su vida había variado. Por un lado aquella sequía que venía a entorpecer la ruta del éxito que ya creían seguro; por otro, la compañía de Patsy y la persecución de que le hacía objeto aquella mujer empeñada en desviarle del camino de la lealtad.

La noche anterior habían vuelto a encontrarse y aquella vez él fué débil y cayó en los brazos de Patsy, besando aquella boca apasionada y juvenil, que buscaba la suya con ardor de caprichosa. Pero al cabo de pocos momentos, como

arrepentido de su acción, había huído de ella mientras Patsy sonreía tibiamente, convencida de que tarde o temprano aquel hombre acabaría siendo enteramente suyo.

Ahora sentía la voz del remordimiento que le acusaba de irse olvidando de su mujer, de irse saturando de aquel amor pecador que envolvía en indiferencia todas las demás cosas de la vida. Veía como la cosecha estaba amenazada, como las fuerzas de la naturaleza parecían concertarse para destruir los frutos de aquel trabajo, y él permanecía impasible, frío, con una fatalidad de oriental que se entrega al destino contra el que no se puede entablar lucha.

Avanzó solo por el camino y vió en el campo a grupos de labradores que hablaban de la cosecha que tenía sed, y a la que no había humano modo de abrevar.

El los miró de reojo y le contestaron con una mirada de desconfianza, como si hubiesen perdido la fe en aquel antiguo capitán, antes tan alegre y optimista, y ahora receloso, con el tormento del hombre desorientado.

Mary, que venía observando las transformaciones de carácter ama-

ble, sonriente siempre del esposo, y ahora taciturno y sombrío, se dirigió a su encuentro. Le amaba con delirio, y sufrió si él no le abría el corazón con toda la confianza de antes.

Al verla, John no la contempló con aquella mirada de amor de otras veces, sino que siguió sombrío y como agitado por una tempestad más fuerte que todas las influencias exteriores.

—¿Qué te pasa, John?

—A mí?

—Sí, John. Tú tienes algo. Nunca me has ocultado nada. Y observo que no eres el de antes.

—¡Tonterías!

Permaneció con la mirada fija en los labradores que seguían observándole, cautos y desconfiados.

—Yo no sé lo que espera esa gente de mí—murmuró.

Mary alzó la cabeza, retadora y triunfal, como en un deseo de gloria.

—Esa gente quiere que tú los guíes.

—Pero yo no puedo hacer llorar.

—Pero puedes infundirles fe. Demuéstralos que tú eres el jefe y te obedecerán a tu voz.

—¡Bah! ¡Perderían el tiempo! Ya estoy harto de todo esto. Te lo aseguro. De buena gana me volvería a la ciudad.

—Pero ¿quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—Yo mismo.

Y aceleró el paso, yendo en dirección a su casa y encerrándose en ella, deseoso de aislarse de las gentes, de vivir fuera de la órbita de un mundo que le caía encima y de una pasión que adivinaba tritadora de su voluntad y destructora de su energía varonil.

Mary, preocupada, vió a Patsy entrar en casa y en su alma vibraron las sospechas que eran casi certidumbre de que la influencia de esa mujer había trastornado todas las cosas.

Sabía que Patsy iba detrás de su marido y aunque convencida de la fidelidad de John, temía que en un momento de debilidad éste pudiera olvidar sus deberes... y olvidarse de ella. ¡Oh, esa odiosa y casquivana Patsy, con sus frivolidades, con sus coqueterías, había transformado el carácter de John, había hecho un guiñapo de aquella voluntad creadora de otras veces!

—Mi marido no es el mismo

desde que usted llegó aquí — le dijo con ira—. Quiero que lo deje tranquilo.

Sonrió con una ingenuidad de niña buena.

—¿Yo?

—Sí. Usted va a destruir todo lo que él ha hecho.

—No me haga reír... ¿Qué es lo que he hecho yo?

—Yo sólo le pido a usted—suplicó Mary humildemente, noblemente— que se vaya de nuestro lado, que nos deje tranquilos con nuestra vida, con nuestra pobreza, haciendo frente a los elementos y a las circunstancias desfavorables, pero sin usted.

Sonrió fríamente, duramente... Se encontraba superior a la esposa cándida e ingenua, que pedía que no le arrebataste el marido.

—Bien, me iré...

—Oh, gracias.

—...pero John vendrá conmigo.

Llameadas de indignación aparecieron en los ojos de Mary.

—¡Miserable!

—¿Me insulta? Defienda bien a su marido, y verá como no puede luchar contra mí.

Mary se fué llorando, viendo como aquella criatura con el per-

fume del pecado trastornaba y distraía la vida del hombre que precisamente en aquellas difíciles circunstancias se debía por entero a sus semejantes.

Mary era demasiado buena para hablarle claramente a su esposo, para interrogarle sobre el sentimiento que le podía llevar a Patsy, para pedirle cuentas sobre la lealtad de su conducta. Prefirió seguir espiando, extremando las muestras de cariño y de amor con John, convencida de que su esposo la quería y que lo de Patsy no sería más que algo pasajero, que se borraría cuando el deber llamara al cumplimiento, a la obligación sagrada por la que es preciso sacrificarlo todo.

Vigilaba mucho. La cosecha tenía cada día mayor sed; había ya perdido su color para caer todo en un tono gris, monótono, de desinter... ¿Es que iban a perderlo todo? ¿Es que no surgiría el oasis salvador que fuera el motor que pusiera de nuevo en marcha aquella riqueza labrada con el trabajo común?

Permanecía Mary atenta, sin dejar por ello sus deberes domésticos, la tarea interminable de arre-

glar la casa y tenerlo todo en orden. Al aire libre, sentada junto a los maizales que agonizaban bajo el terrible castigo de la sequía, plaga maldita que parecía no tener remedio, adivinaba los comentarios de las gentes, el desaliento que se iba apoderando de todo el mundo, el paro en la marcha de una sociedad que comenzaba a experimentar el período de la desorganización.

John se veía por las noches con Patsy con la que había cambiado ardientes besos, dejándose tentar por aquella sirena de carne perfumada y fina.

Ella le había insinuado con toda la malicia de su alma el huir de allí, el buscar nuevos horizontes, dando a su amor una perspectiva nueva. Y John, sediento de pasión, la oía atentamente, deseoso de hacer suya aquella apasionada mujer que sólo consentiría entregársela si abandonaban la colonia.

No era amor lo que le llevaba a ella, era una forma simplemente instintiva, de pasión materialista, que una vez colmada, sería sucedida por el hastío, por el cansancio de lo mismo, que buscaría de nuevo en el amor espiritual el re-

gazo tierno y maravilloso de la vida serena. Pero entretanto, él estaba ebrio de pasión, del fuego de la carne, terrible obstáculo contra el que la lucha es implacable.

Pasó John ante su esposa, y al verla trabajar, los ojos fijos en su eterna labor, sintió más que nunca el hastío de lo mismo, la monotonía insufrible de una vida en la que todo era difícil y amargo.

—Siempre haciendo lo mismo— murmuró.

—¿Qué quieras? — le contestó con dulzura—. Rompes tantos calcetines...

—¿Y no te cansas de zurcir?

—Es mi trabajo.

—¡Bah!

Echó a andar y ella le llamó de nuevo.

—¿Adónde vas?

—Por ahí... a ver como todo se nos hunde.

—Ve a ver a los hombres, ánimalos.

—¿Para qué?

—Sin ti todo esto se perderá.

—Y conmigo igual. No depende de mí sino del cielo.

—Pero ya te dije que tú debes infundirles fe. John, oye...

Su voz adquirió la tonalidad de la novia buena, leal y generosa.

—John, oye — repitió—. ¿Recuerdas lo que sentiste?

—Sí... sí... una sensación de maravillosa paz.

—Pues que aquella paz y aquel júbilo de tu corazón no desaparezcan. Necesitamos agua... Busca los medios, hazla venir de dónde sea.

—¡Imposible!

—Confía en Dios y en tu inteligencia.

—Tú sueñas, mujer.

No quiso proseguir el diálogo y Mary quedó suspirando sobre la labor y con el corazón puesto en Dios que podría, por un milagro, hacer que las nubes se hincharan y derramaran su agua bendita sobre los campos sedientos que se morían...

* * *

Patsy, enloquecedora de promesas y de pasiones, había logrado de John que partiera con ella. Abandonarían la colonia donde todo pronto sería ruina, quizás revolución. Buscarían otro mundo donde amarse solos y siempre. Y John en el oleaje de su apasionamiento se entregaba a aquella mujer, de la que era el monigote.

Subieron en automóvil y partieron al atardecer, sin ser vistos, ha-

cia la primera estación de ferrocarril.

Iba ella loca de alegría, pensando en aquella vida nueva que les esperaba, radiante de pasión y de amor. John, dominado por el encanto magnético de aquella mujer, por el aburrimiento mortal que le envolvía en la colonia donde todo era pesimista y triste, guiaba el coche a toda velocidad, como si quisiera aturdirse y dejar de oír

la voz de su conciencia que le pedía implacable una reparación de sus actos.

Mientras se alejaban de la colonia, surgían por contraste en la imaginación de John recuerdos amargos y deprimentes para su espíritu; le parecía ver a Mary vertiendo amargas lágrimas al sentirse abandonada, creía ver a los labradores que habían confiado en él, indignados por su abandono y maldiciendo su recuerdo.

Le parecía que todas aquellas figuras se alzaban ante la carretera para impedirle el paso, para hacerle retroceder y obligarle a cumplir nuevamente con sus deberes de superior.

De pronto le pareció que iba a atropellar a toda aquella gente suplicante y buena, y como bajo los efectos de una visión, frenó rápida, brutalmente, haciendo patinar al coche y faltándose poco para que en la brusquedad del paro no diesen una vuelta de campana. Espectros de acusación se erguían ante él con un silencio impresionante. Las manos sobre el volante, John estaba pálido y respiraba con fatiga, sudoroso y vencido.

Ella, frívola e inútil, le contempló con extrañeza.

—Pero, ¿qué haces? ¡Nos vamos a matar! Y es preciso que lleguemos sin novedad a vivir nuestra luna de miel...

Y le dió un beso en los labios, al que él no correspondió, todavía bajo la preocupación dolorosa de aquellas imágenes que surgían para su acusación atormentadora.

De pronto levantó John la cabeza y prestó atención a un ruido monocorde, insistente, de máquinas.

—¡Eh!, ¿no oyes? —dijo, atemorizado.

—Sí. Parecen máquinas.

—Lo son. ¿No oyes? Es la central eléctrica que trabaja. Y sus dinamos, ¿entiendes? se mueven por la fuerza del agua... del agua que no estará muy lejos de aquí y que los de la fábrica han canalizado y puesto a su servicio. ¡Magnífico... magnífico! ¿Cómo no lo pensé antes?

Parecía transformado. La luz impura de sus ojos había desaparecido para dejar paso a una honda huella de creación, de superioridad y de inteligencia.

Patsy le miró con temor, como

si sintiera que una fuerza nueva viniera a arrebatar a su amante.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

El seguía señalando el lejano horizonte y el lugar por donde el ruido de las dinámicas cantaba su canción de laboriosidad y de esfuerzo.

—El riego puede salvar la cosecha. Si tenemos agua dentro de cuatro o cinco días salvaremos el maíz... Y el agua está aquí... cerca... y nosotros debemos aprovecharla como la central eléctrica lo hizo... ¡Oh, el plan que yo no pensé hasta ahora, que nadie allí pensó ni un momento! Desviar las aguas del río, canalizarlas, hacerlas ir a nuestro antojo para que como una inundación fecunden nuestros campos. ¡Qué maravilla!

Hizo Patsy un ademán despectivo.

—Esto es una obra gigantesca y no hay medios para realizarla.

—Los hay, habiendo energía, voluntad, fuerza, lo que yo tuve siempre hasta hace poco. ¡Los hay! ¡Yo, yo solo traeré esta agua!

—Pero, John, ¿en qué piensas? ¿No sabes que nos vamos de aquí? Todo lo de aquí es pasado, muer-

te, aburrimiento, mentira... Yo soy tu única verdad, vámonos lejos; la vida nos espera sin esas preocupaciones.

Pero aunque quiso unir sus palabras con una de aquellas caricias locas, se sintió repelida brutalmente por unos brazos duros, hercúleos que por primera vez vibraban con una nerviosidad instintiva y severa.

Saltó John del coche; parecía vivir bajo un éxtasis, era como un fantasma, atormentado por un cortejo de sombras y de espectros que le hicieran marchar de allí.

—¡Oh, mi gente!—murmuró—. ¡Hay que salvarla! ¡Hay que salvar a los míos! ¡Hay que realizar la empresa de traer el agua!

—¿Te has vuelto loco?

Pareció reaccionar. Miró a Patsy, que no era más que la pasión material, pasión a flor de piel, que muere apenas nacida, que se seca como un charquito de agua a la luz del sol. Y el sol era el deber, los suyos, Mary, su gente... Pero ¿en qué había estado pensando? ¡Abandonarlo todo por una mujer que acaso un día, con el capricho de todas las aventureras, le abandonaría a su vez a él, ruedecita de

una máquina de destruir corazones! ¡No... no!

—Perdona —dijo—. Debía estar loco. Yo no puedo abandonar a los míos. No puedo. Volvamos al pueblo.

Herida en su amor propio, enfurcida por aquella situación extravagante y nueva, protestó con energía:

—Déjate de tonterías y ven conmigo a la ciudad.

—No... no...

—Si te vas, no me volverás a ver... Yo no voy contigo... Yo quiero abandonar la colonia. Vamos, John...

Pero los brazos la rechazaron con energía y echó a correr como un loco, rehaciendo el camino hecho, en busca de aquella obligación que había estado a punto de abandonar para siempre.

La caridad, la inteligencia, las

rutas que vivían en su alma desde sus más tiernos años, volvieron a vibrar en él, enérgicas y firmes. Y continuó su camino a pesar de las voces de despecho de Patsy, de la amante que sentía su derrota y se veía vencida por un poder superior al de ella.

Furiosa, Patsy lanzó una maldición y ocupando el volante del coche, imprimió a éste toda la marcha, deseosa de alejarse de allí, de ir a la ciudad, para entregarse a la vida agitada que sentía añorar y que se llamaba cabaret, amores varios, caprichos. Sentía haberse separado de John, pero algún otro amor en su camino le substituiría pronto en su recuerdo.

No era de las que se preocupan demasiado. Ningún hombre valía la pena. Le gustaba exprimirlos, para apartarlos después con un gesto de vencedora.

* * *

Jadeante, fatigado, llegó John a la colonia. Vió a los colonos que seguían formando grupos, algunos cada vez con mayor exaltación, otros con el descorazonamiento que produce luchar con lo inevitable. Lo inevitable era la sequía, el destino que se complacía en atormentarles, en impedirles vencer.

Iba John a dirigirse al encuentro de aquellas buenas gentes cuando vió a Mary y corrió a estrecharla en sus brazos. A la vista de la esposa abnegada y buena, el pequeño resquemor de la herida inferida voluntariamente a su corazón con la separación de Patsy, se borró por entero, para dejar paso a una ternura, a una huella inmensa de amor por la que había sido compañera desde hacía años y le había acompañado en esa diversidad de cosas que la vida tiene y en sus facetas múltiples.

Al verle, le besó ella con ansiedad y una pregunta flotó en sus labios.

—¿Dónde estabas?

Confesó a medias la verdad.

—Salí con Patsy... para ver si era posible solucionar lo del agua. Y lo tengo ya arreglado, y si somos fuertes y tenaces, vamos a salir de nuestra mala situación.

—¿Cómo? ¿Y para ello... necesitaste a Patsy?

Una sonrisa iluminó sus facciones.

—Patsy no volverá. Se ha cansado de nosotros. No la volveremos a ver.

—Tú me engañas.

—Engañarte? No... no... Te lo juro.

—Esa mujer y tú...

—No blasfemes—dijo besándola con ternura—. No blasfemes... Nunca habrá nada entre los dos...

—Pero tú...

—¿Me perdonas si... por un momento sucumbí ante esa malvada?

—¿No la volverás a ver?

—Era la sombra del mal; deja que huyamos de ella. Mary, soy el de siempre para ti, y con toda mi alma vuelvo a quererte. ¿Me perdonas?

Mary le amaba siempre. Mujer generosa, perdonaría con espíritu cristiano en nombre del amor.

—¡John!

Se sintió emocionado ante el llanto de la esposa, llanto que caía sobre el rostro de él. Pero la vista de los colonos que a lo lejos seguían discutiendo, le recordó que no podía perder momento y que la reacción debía ser absoluta, con el esfuerzo de todos, para que todos juntos contribuyeran a la victoria.

—Hay que convocar a Asamblea—dijo.

Y a grandes martillazos que sonaban como viejas campanas, reunió a los labradores y sus familias que le miraban desconfiados porque en aquella hora de adversidad no habían visto en él el jefe bueno, inteligente y animado, sino al hombre que había huído de ellos entregado, lo sospechaban, a la morbosidad de un amor que sembraba la cizaña.

Chris estaba en primera fila, pensando qué iba a decirles aquel hombre que sonreía francamente, con una sonrisa que hacía semanas no había aparecido en su rostro.

—Compañeros... El agua corre cerca y podemos traerla aquí trabajando sin descanso, sin vacilación, en una lucha magnífica y fuerte—comenzó a decir.

Aocgieron sus palabras con un rumor en que la desconfianza parecía vibrar como motivo único.

—No me importa lo que penséis de mí, compañeros — prosiguió—, pero pensad en vosotros mismos. La cosecha se salvará regando, si conseguimos traer las aguas, canalizarlas hasta aquí... Yo os invito a todos a que me ayudéis. Trabajando día y noche conseguiremos que el agua reanime nuestra cosecha moribunda. ¡Amigos, valor! Os pido la fuerza de vuestros brazos y el entusiasmo de vuestros corazones. Por un momento pareció que yo desfallecía, pero ya terminó la mala racha. Soy el de antes, el que os prometió daros un pedazo de tierra, el que os convirtió en pequeños propietarios. Amigos

míos, no me abandonéis esta vez.

Se hizo un fuerte silencio seguido de un rumor de conversaciones en voz baja, en las que se agazapaba la duda. ¿Qué hacer? ¿Era posible que el agua estuviese realmente cerca y la lograran canalizar?

—¿Qué piensas tú, Chris?—dijo John a su primer colaborador.

Este irguió la cabeza. Los ojos le brillaban en el semblante blanquecino y anémico.

—Yo voy contigo. Creo viable tu proyecto.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Todas las voces afirmaron unánimes en la voluntad indomable de

vencer... Un alardido de júbilo y de vida siguió a esas demostraciones.

John era feliz. Había vencido, galvanizando aquellos cuerpos de luchadores.

—Traed vuestras palas... Todavía no estamos vencidos... Comenzaremos el trabajo. ¡Y a vencer!... pero antes recemos una oración a El... que puede darnos la vida.

Rápida oración más con el alma que con los labios. Después corrieron todos hacia los aperos de labranza.

Y la muchedumbre que se lanza, energética y viril, la confianza recobrada y un sincero entusiasmo, hacia la conquista del agua.

Todos en tropel se dirigieron bajo el implacable sol de las primeras horas matinales hacia las cercanías de la central eléctrica donde el agua fluía de su cauce como una bendición de Dios.

John iba como jefe de la empresa, dirigiendo con magnífica serenidad las primeras operaciones. Se trataba de construir como una zanja-canal a través de bosques, derribando árboles y toda suerte de obstáculos, para poder formar la zanja por donde las aguas pudieran discurrir, llegando a la codiciada cosecha. Serían desviadas del río para que cayeran fecundando aquella tierra reseca por las privaciones de la lluvia.

Sin sentir nunca la fatiga, horas y horas bajo el terrible sol, encorvados sobre los picos que abrían surcos en la tierra, iban avanzan-

do con una lentitud serena y fuerte.

Apenas un pequeño descanso ponía una nota de tregua en aquel trabajo intensivo, tenaz, en que era necesario no desmayar, llegar lo antes posible, para que la tierra en aquella lucha contra la sed, no fuera vencida.

Había que derribar árboles, trabajo difícil y duro, pues era preciso abrirse paso a través de aquella selva enmarañada, de aquella arboleda secular, con raíces que databan de largas épocas, hundidas en la tierra, como brazos prehistóricos.

Dos días enteros duró aquel laboreo, aquella lucha para abrir una zanja, cuyas veredas eran construidas a veces por piedras grandes del camino, otras por pedazos de estaño o de madera, todo

ello necesario para impedir que el se habían esforzado en la acción agua se desviase y dejase de seguir el curso marcado y necesario.

Sudorosos, jadeantes, realizaban aquella labor, contagiados ya todos por el optimismo del jefe que anhelaba llevar cuanto antes a cabo una obra que significaría el fin de sus sufrimientos. ¡Y no haberlo pensado antes!

Comían frugalmente. Latas de sardina, café frío, con el que apagar aquella terrible sed que les invadía, más fuerte que la de la misma tierra. Pero ya un poco aliviados de ese tormento físico, volvían a su labor, con mayor energía, con un esfuerzo más fuerte que nunca.

Y así de esta manera consiguieron trazar el canal que desde el río había de desviar las aguas hasta la cosecha. Ya estaba todo a punto, ya el camino llegaba junto a los maizales que parecían doblarse en un bárbaro agonizar de sed.

Las mujeres aguardaban con emoción en la colonia, confiando también en el éxito de la empresa que aquella gente ruda había realizado con noble ardor. Todos habían contribuido al trabajo con la fuerza de sus brazos. El artista y el propiamente llamado labrador,

ello necesario para impedir que el se habían esforzado en la acción agua se desviase y dejase de seguir el curso marcado y necesario.

John estaba satisfecho de su gente. Ya el camino estaba listo, vereda que pronto iba a ser bañada por el agua.

—Vamos a buscar el agua... Pronto... Listos... La zanja está hecha ya. Ahora sólo falta que el agua venga.

John y los suyos, poniendo en comunicación el río con la zanja abierta, vieron con una emoción verdaderamente religiosa, cómo el agua comenzaba a correr por aquella hondonada abierta a través de los obstáculos y accidentes de la naturaleza y que corría ávidamente por el camino recién construido.

El agua desbordada, desviada de su cauce, se entraba por aquella zanja, lengua que corría, fuego que parecía prender, cinta veloz que salvaba los obstáculos todos.

Corría rápidamente más aprisa que los mismos hombres que al principio, al comenzar, habían tenido que impulsarla con sus manos hasta que ella por su propio ímpetu se deslizaba por la zanja bien construida y fácil.

El agua producía un ligero rumor al resbalar y correr sobre

aquella tierra seca y caliente de sol, un rumor que era la canción más bella que nunca oyeron oídos humanos.

Un solo contratiempo experimentaron en su curso. Un desnivel del terreno había tenido que ser salvado por un puente, construido por toscas maderas, restos de antiguos coches de los colonos. El agua se escapaba por sus flancos, amenazando con perderse gran parte de la corriente, pero pronto fué reparado el desperfecto y sin perderse ni una gota más prosiguió su curso, la marea inmensa que como una mancha de aceite iba a extenderse sobre la tierra extenuada.

Y, allí en la colonia, junto a los maizales, aguardaban los familiares de los colonos, el alma en un hilo, el corazón puesto en Dios, los ojos en el horizonte por donde debía hacerse aquel milagro de vida y fecundidad.

Y de pronto se realizó la obra prodigiosa, oyeron el "glou, glou", corazón que latía, agua que avanzaba, ciega, pero dirigida por la experiencia y la actividad del hombre superior. ¡Allí, allí estaba el agua! Y cuando apenas habían po-

dido saborear un instante la realidad de este milagro, vieron como el agua había llegado ya allí, al final de la zanja que se desviaba hacia los campos de maíz en posición inclinada, permitiendo que aquella agua penetrara inmensa y magnífica por todo el campo.

Junto al agua venían los hombres, cantando, riendo, locos de alegría, con John a la cabeza, empuñando una pala, símbolo de trabajo y de amor.

¡Milagro! ¡Milagro! Estaban salvados... El agua penetraba en la tierra, se ahondaba muy adentro, hasta la raíz de las cosechas, que iban a sentir instantáneamente aquel benéfico influjo, aquella inyección de vida y de verdadero amor.

Corrieron las mujeres hacia sus maridos, sus hermanos, sus padres, sus hijos, que habían estado trabajando sin parar en la construcción de la zanja y que veían al fin el galardón de la victoria. Cayeron en sus brazos y junto a la cosecha, vivificada ya por el esfuerzo generoso y noble del trabajo, se abrazaron con transportes de amor y de solidaridad.

John había recibido los besos de

Mary, orgullosa de aquel hombre que había salvado la cosecha, de aquel hombre que ya sería siempre como antes, cerrado el paréntesis turbador que abrió una sirena odiosa.

John se prometía ser siempre

fiel a la esposa leal, ser siempre fiel a la tierra, a la naturaleza que había dado el agua para que la cosecha no se perdiera, y adorador de Aquel que es dueño de todas las cosas y no se "mueve ni la hoja de un árbol sin su voluntad".

* * *

La cosecha estaba salvada. Días después el espectáculo del campo era completamente distinto. Se habían robustecido los maizales; el agua ponía verdores de primavera en lo que antaño pareció morir... La cosecha podría venderse bien, reproductora de los esfuerzos de los labradores. El trabajo y el amor, enlazados por un espíritu de solidaridad social, habían hecho el milagro. Milagro de disciplina también bajo la mano férrea de John que cuando se aflojó, cedió-

do a los instintos de una pasión perturbadora, produjo instantáneamente un enmohecimiento de la voluntad de los demás, que todo lo abandonaban y dejaban... Pero hoy, de nuevo, la vida estaba asegurada... Y todos volvieron aquel día a entonar el salmo de gracias, la bendita oración que repiten los siglos como un símbolo supremo de fe:

"Padre Nuestro, que estás en los cielos... El pan nuestro de cada día... dánosle hoy..."

FIN

COLECCIONE USTED
los lujosos libros de las Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda alegre. Los cosacos. Esclavas de la moda. Pureja de baile.
El gran desfile. Icaros. Petit Café. Al Capone (Pánico en
Miguel Strogoff, o el Correo del Zar. El conde de Montecristo. Hay que casar al príncipe. Chicago).
La princesa que supo amar. La mujer ligera. Inspiración. Mi último amor.
El coche número 13. Virgenes modernas. El proceso de Mary Du-Muchachas de uniforme.
Sin familia. El pagano de Tahití. gan. Marido y mujer.
Mare Nostrum. Estrellas dichosas. Marruecos. Mata-Hari.
Nantás, el hombre que vendió. La senda del 98. En cada puerto un amor. Congorita (fuera de serie).
Cobra. Esto es el cielo. Conoces a tu mujer? Carceleras.
El fin de Morecero. Espesismos. El millón. Erase una vez un vals.
Vida bohemia. La máscara del diablo. La mujer X. Hombres en mi vida.
Zazá. El pan nuestro de cada día. Gente alegre. Niebla.
¡Adiós, juventud! Vieja hidalgia. Mar de fondo. Rebeca.
El judío errante. Posesión. La llama sagrada. Indesetable.
La mujer desnuda. Tentación. La ley del harén. Tarzán de los monos.
La tía Ramona. La pecadora. La fruta amarga. El terror del hampa.
Casanova. Sevilla. Vidas truncadas. La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Hotel Imperial. Ella se va a la guerra. La fiera del mar. Chica bien.
Don Juan, el burlador de beso. Los hijos de nadie. Tabú. Recién casados.
Ben-Hur. El pescador de perlas. El pasado acusa. Champ (El campéon).
El demonio y la carne. Santa Isabel de Ceres. Papá piernas largas. La zarpa del jaguar.
La castellana del Líbano. Las dos huérfanas. Un yanqui en la corte del rey Arturo. Los amores de José Mo-
Delikatessen. La canción de la estepa. El código penal. jica (fuera de serie).
La tierra de todos. La rapsodia del recuerdo. La pura verdad. El caballero de la noche.
Tripolis. Del mismo barro. Maternidad, o el derecho Arsène Lupin.
El rey de reyes. Estrellados. a la vida (fuera de se- La danza del 13.
Sangre y arena. Cuatro de Infantería. a rie). Amor en venta.
La ciudad castigada. Olimpia. Carbón (La tragedia del pecado de Madelón-
Aguilas triunfantes. Monsieur Sans-Gené. la mina). Claudet.
El sargento Malacara. Sombras de gloria. Estudiantina. La casa de los muertos.
El capitán Sorrell. Mamba. Molly (la gran parada). Las peripecias de Skippy. Titanes del cielo.
El jardín del edén. La princesa mártir. ¡Qué viudita! El proceso Dreyfus.
Ramona. Dos amantes. El camino de la vida. La vida de un gran ar-
Amantes. El príncipe estudiante. Mamá. tista.
El destino de la carne. Ana Karenine. Eran trece. El último varón sobre la
La mujer divina. El destino de la carne. Cheri-Bibi. Tierra.
Alas. La bailarina de la Ópera. Romance. Fantomas.
Cuatro hijos. El pavo real. Bésame otra vez. Violetas imperiales.
El carnaval de Venecia. Bajo el techo de París. Camarotes de lujo.
El ángel de la calle. Wu-li-chang. Los hijos de la calle. Teresita.
La última cita. Montecarlo. Madame Satán. La película de las estre-
El enemigo. Camino del infierno. Honor entre amantes. llas. Grand Hotel (fue-
Amantes. ¡Mío serás! Para alcanzar la luna. ra de serie).
La bailarina de la Ópera. Aleluya! El hombre que se suicida?
Moulin Rouge. La mujer que amamos. Su última noche. Las alegres chicas de
Ben Alí. Al compás de 3-4. Ríndase! Viena.
Los cuatro diablos. La princesa enamorada. La calle. Viva la libertad!
¡Rie, payaso, rie! Amanecer de amor. Salvada.
Volga, Volga. El gran desfile (edición popu- El teniente del amor. El enemigo de la sangre.
La sinfonía patética. Un cierto muchacho. El pavo real. Bajo el techo de París. El azul del cielo.
Un cierto muchacho. La ruta de Singapore. Bajo el techo de París. El monstruo de la ciudad.
Nostalgia. La actriz. Montecarlo. Honor entre amantes. El hombre que se reflejó
La actriz. Míster Wu. Camino del infierno. Para alcanzar la luna. del amor.
Renacer. Renacer. ¡Mío serás! El hombre que asesinó. Lusan Lenox.
El despertar. La melodía del amor. Aleluya! Ríndase! La princesa se divierte.
La melodía del amor. Las tres pasiones. La mujer que amamos. La mano asesina.
Cristina, la Holandesa. Cristina, la Holandesa. Al compás de 3-4. El rey de los gitanos.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo! La hermana San Sulpicio. Los seis misterios.
Sombras blancas. La copla andaluza. La princesa enamorada. Amores de medianochе. Esta edad moderna.
La copla andaluza. Los claveles de la Virgen. Miguel Strogoff o el Conde de
El demonio y la carne. Los demonios del infierno. Cuerpo y alma. La novia de Escocia.
El despertar. El impostor. El impostor. La dama misteriosa. Besos al pasar.
El despertar. Esposas a medias. Los claveles de la Virgen. El mayor amor.
El despertar. La viuda alegre (edición popular). La hermana San Sulpicio. El expreso fantasma.
El demonio y la carne (edición popular). El demonio y la carne. El despertar.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda). La dama misteriosa. El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).
La edad de amar. Salvada.

Divorcio por amor.	El hijo de la parroquia.	Las sorpresas del coche-Dama por un día.
Corazones sin rumbo.	Letty Lynton.	cama.
Corazones valientes.	Barrio Chino.	Sol en la nieve.
Irusta-Fugazot-Demare (fuera de serie).	Yo, tú y ella.	Madres de bastidores.
Los tres mosqueteros (Los Herretes de la reina)	Un ladrón en la alcoba.	La portera de la fábrica.
Milady (Segunda parte de Sierra de Ronda.	El cantar de los cantares.	Granaderos del amor.
Los tres mosqueteros.	La llama eterna.	Fanny.
Esclavitud.	El rev de los fósforos.	Siempre en mi corazón.
La calle 42.	La Cruz y la Espada.	Tarzán y su compañera.
Las dos huferanitas.	El canto del ruiseñor.	El gato y el violin.
Cabalgata.	Adios a las armas.	Sor Angélica.
Secretos.	La mundana.	Judex.
La feria de la vida.	¡Tú eres mío!	Casanova.
Una morena y una rubia.	Catalina de Rusia.	El primer amor.
Como tú me deseas.	Tempestad al amanecer.	Eskimo.
El reliario.	Santa.	Un capitán de cosacos.
El amor y la suerte.	Belleza a la venta.	El altar de la moda.
Una viuda romántica.	Alalá.	La virgen de la roca.
Rasputin y la Zarina.	La hermana blanca.	La herencia.
Susana tiene un secreto.	La Reina Cristina de Suecia.	Madame Du Barry.
20.000 años en Sing Sing.	Por un solo desliz.	Sucedió una noche.
Huérfanos en Budapest.	Se ha fugado un preso.	Hombres en blanco.
:Milagro?	El error de los padres.	Fueron humanos.
Vivamos hoy.	La ciudad de cartón.	:Viva la vida!
Odio.	Honduras de infierno.	El negro que tenía el alma blanca.
Los crímenes del museo.	Doña Francisquita.	La Cruz Diab!
El secreto del mar.	El café de la marina.	Carolina.
Mis labios engañan.	El agua en el suelo.	Cuesta abajo.
No dejes la puerta abierta	El boxeador y la dama.	Sola con su amor.
Dos noches.	Esclavos de la tierra.	El mundo cambia.
La melodía prohibida.	2 Mujeres y 1 Don Juan.	Canción de cura.
El primer derecho de un hijo.	El alma de bailarina.	Paz en la tierra.
Canción de Oriente.	Yo he sido espía.	La dama del boulevard.
La amargura del general Yen.	No seas celosa.	La hermana San Sulpicio.
Boliche.	Destile de candejas.	El signo de la muerte.
La vida privada de Enri que VIII.	Aves sin rumbo.	La dolorosa.
Fra Diavolo.	Simona es así.	Las fronteras del amor.
El padrino ideal.	Pescada en la calle.	Wonder Bar.
El judío errante.	Una noche en El Cairo.	La Maternal.
	Rosa de medianoche.	Las doncellas de postín.
	El rey de la plata.	Caravana.
	Sobre el cielo.	Hombres del mañana.
		Así ama la mujer.
		La buenaventura.
		Nada más que una mujer.
		Encadenada

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA SENTIMENTAL NOVELA

TODA CORAZON

por Jean Parker y James Dunn

En breve:

LA BIEN PAGADA

por Lina Yegros y Antonio Portago

¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

E. B.



Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta